

## CATALUÑA Y EL COLONIALISMO ESPAÑOL (1868-1899)\*

*Martín Rodrigo y Alharilla*  
Universitat Pompeu Fabra-CSIC

### UNA VISITA A ENRIC PRAT DE LA RIVA, CIEN AÑOS DESPUÉS, O CÓMO CONVERTIR CUBA EN UNA EXCUSÀ

El 12 de junio de 1898, la Unió Catalanista publicó un manifiesto dirigido a la sociedad catalana, un texto que mostraba la lectura que dicha federación de entidades extraía de la guerra que enfrentaba entonces a España con Estados Unidos, en un momento delicado para el Ejército español. No en vano, el texto vio la luz apenas cinco semanas después de que la Armada comandada por el almirante Montojo fuese derrotada de forma humillante por la flota del comodoro Dewey en la batalla de Cavite (Filipinas).

Atribuido a Enric Prat de la Riba, el manifiesto catalanista «llama[ba] al pueblo catalán a la reflexión». Para las entidades firmantes del llamamiento «la gravedad de las circunstancias actuales» era el resultado no tanto de la acción de unos u otros políticos españoles, como del hecho del centralismo político en sí. Según dicha proclama «desde que el centro del gobierno se establece en Madrid, la desmembración de los dominios de España no ha parado nunca». Más que lamentarse por la reciente derrota frente a Estados Unidos, buscando los culpables de la situación, se hacía preciso sacar otro tipo de conclusiones:

Hace siglos que el pueblo catalán vive cerrado en su casa, concentrando su energía en el comercio, en la industria, en el trabajo (...), pero ¿qué sacaremos de que los productores catalanes creen una industria poderosa, orgullo de nuestra raza

\* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación HUM2006-07328: «Dinámicas imperiales: descolonización y transiciones imperiales. El imperio español (1650-1975)».

(...) si una política interior y exterior (...) pone a cada punto en peligro de muerte todas las creaciones del genio catalán?

La solución estaba clara. Los catalanes tenían que intervenir en la política española, en el sentido que había ido definiendo Prat de la Riba en los años precedentes: «es urgente y de absoluta necesidad –consignaba el texto– que Cataluña tenga el gobierno de sus intereses interiores y que influya en la dirección de los exteriores a proporción de su fuerza». En otras palabras, tras el desastre de Cavite había llegado el momento de que los catalanes percibiesen la oportunidad de las propuestas catalanistas.<sup>1</sup>

La impronta de Prat de la Riba en el manifiesto es remarcable. La proclama recoge, de hecho, de forma resumida algunas de las principales preocupaciones que centraban las reflexiones del político de Castellterçol en aquellos años: la importancia del conflicto cubano y de la guerra hispano-norteamericana como puntos de inflexión para la política interior española; la ciudad de Madrid como metáfora de la dominación castellana y, por lo tanto, del mal gobierno; la responsabilidad completa de los políticos madrileños en la previsible pérdida de las colonias españolas en las Antillas y en el mar de la China, y, por último, el contraste entre la industriosa sociedad civil catalana y la parásita clase política madrileña.<sup>2</sup> Meses más tarde, la definitiva derrota de España en Santiago de Cuba pareció dar renovados argumentos a Prat y a sus colegas catalanistas. Así, en una nueva proclama lanzada «Al poble català» el 22 de noviembre de 1898, mientras en París se estaba negociando el tratado de paz con Estados Unidos, la Unió Catalanista insistía en «repetir al pueblo catalán que el remedio de los males que a todos nos afligen lo encontrará solamente en la realización del programa catalanista».<sup>3</sup>

No había transacción posible. Lo nuevo (el nacionalismo catalán) se enfrentaba con lo viejo (la política dinástica española *realmente existente*). Apuestas políticas pretendidamente regeneracionistas, como «la solución Silvela-Polavieja», eran, para Prat y los suyos, *más de lo mismo*. Propuestas que nacían de unos políticos incapaces de afrontar los problemas de España y de ver el alcance de la «sacudida que ha[bía] destruido para siempre el poder colonial» del

<sup>1</sup> «Ahora (...) verá el pueblo catalán (...) que nuestras ideas eran la solución única para desarrollar sus maravillosas energías, ahora verá si resulta peligroso para su prosperidad el actual desequilibrio existente entre nuestra gran fuerza económica y la nulidad política de España»; Enric Prat de la Riba, *Obra completa*, Edición a cargo de Albert Balcells i Josep M. Ainaud de Lasarte, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans-Proa, 1998, vol. I, pp. 568-571. La traducción de los textos de Prat al castellano es mía.

<sup>2</sup> Véanse, por ejemplo, sus artículos «La dominació castellana» (28 de enero de 1896), «Les indústries polítiques» (4 de noviembre de 1896) y «Cuba i Catalunya» (3 de diciembre de 1897), recogidos en Enric Prat de la Riba, *Obra completa...*, vol. I, pp. 314-316, 329-331 y 457-458.

<sup>3</sup> Enric Prat de la Riba, *Obra completa...*, vol. I, pp. 627 y 628.

país. Unos políticos que se limitaban a la oratoria vana, mientras paralelamente recorría «todos los pueblos y ciudades de España, como una ola de dolor, el desastre de los ejércitos poderosos de Cuba y Filipinas». En otras palabras, para Prat de la Riba la política española era «la política de la falta de gobierno, del desconcierto en la administración, de la corrupción y la banalidad, una política (...) que vende por un puñado de oro las migajas de su imperio colonial». Por todo ello, «Cataluña esta[ba] hasta el gorro de la política española». Una Cataluña que era «casi única dentro de España, la principal representante de la civilización europea en un haz mal ligado de cabilas africanas» y que tenía «la fuerza de la prosperidad económica, con su acompañamiento natural de energías intelectuales, morales y artísticas». Por eso, Cataluña era «hoy –decía en 1899– la única esperanza de salvación» que le quedaba al Estado español. No en vano, si España quería «parar la caída, levantarse de la crisis, debía acudir al ideal, a la fuerza y a las tradiciones de gobierno de la tierra catalana».<sup>4</sup>

Prat quería, literalmente, *restaurar* Cataluña y *regenerar* España.<sup>5</sup> Por ello y para ello, quiso marcar nítidas distancias respecto a la política colonial española. Una política que definió como «la política guerrera y quijotesca del honor nacional» y que había empujado a España a sacrificar todo su imperio «al estúpido orgullo de dominarlo, de ponerlo incondicionalmente a los pies de las taifas de hambrientos que rondan las tertulias de la Corte». Por eso, «nosotros –afirmaba semanas después de la firma del Tratado de París– nunca hemos saboreado como propias sus glorias –las de la nación española– ni hemos llorado como nuestras sus derrotas».<sup>6</sup> En una coyuntura de crisis política, originada por la pérdida de las colonias, era preciso marcar distancias. No obstante, un adalid del imperialismo como Prat de la Riba no censuraba el colonialismo español en sí, sino la política colonial desarrollada por el Ejército y la Administración españoles.<sup>7</sup> En síntesis, el político de Castellterçol afirmaba que ni Cataluña ni los catalanes habían tenido nada que ver con una política colonial que había

<sup>4</sup> Artículos «La solució Silvela-Polavieja» (19 de enero de 1899), «La salvació d'Espanya» (2 y 12 de febrero de 1899), «Lo canvi polític» (5 de marzo de 1899) y «Política española» (23 de junio de 1899), recogidos en Enric Prat de la Riba, *Obra completa...*, vol. II, pp. 260-262, 262-266, 266-267 y 288-289.

<sup>5</sup> Esta afirmación literal se encuentra en «Política suicida» (24 de marzo de 1899), Enric Prat de la Riba, *Obra completa...*, vol. II, p. 362. Un análisis, brillante e impecable, del pensamiento de Prat de la Riba y, singularmente, de su apuesta por el intervencionismo catalán en los asuntos de España y de su imperialismo catalanista, en Enric Ucelay, *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003, especialmente pp. 174-267.

<sup>6</sup> «Cuba i Catalunya» (3 de diciembre de 1897) y «Lo canvi polític» (5 de marzo de 1899) recogidos en Enric Prat de la Riba, *Obra completa...*, vol. I, pp. 457-458; y vol. II, pp. 266 y 267.

<sup>7</sup> Tomo la idea de Eloy Martín Corrales, «El nacionalismo catalán y la expansión colonial española en Marruecos: de la guerra de África a la entrada en vigor del Protectorado (1860-1912)», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912)*, Barcelona, Bellaterra, 2002, pp. 167-215. Para el imperialismo de Prat, véanse Enric

conducido al «desastre de 1898», es decir, al primer episodio de redistribución imperial registrado entre diferentes potencias occidentales.

Las proclamas que la Unió Catalanista lanzó a la opinión pública el 12 de junio y el 22 de noviembre de 1898 estaban imbuidas de un gran sentido del oportunismo político. Sus autores (y, singularmente, Enric Prat de la Riba) quisieron legítimamente aprovechar la derrota militar española (y la previsible crisis política ulterior) no sólo para convencer a la opinión pública catalana de la justezza de sus propuestas, sino, sobre todo, para conseguir un mayor apoyo social a su política. Más extraño resulta, sin embargo, que algunas de esas ideas persistan como moneda común para cierta historiografía catalana, cien años después. De hecho, los textos recientes de algunos investigadores han pretendido confirmar, con la pátina que puede ofrecer el oficio de historiador, algunas de esas ideas pratianas.

Agustí Colomines, por ejemplo, ha afirmado que uno de los tres motores de la modernización registrada por la sociedad catalana en los años del cambio de siglo fue, precisamente, la «proyección política del catalanismo como un movimiento de movilización ciudadana», un proceso que se dio «frente a las inoperantes estructuras del Estado centralista» español. Para este historiador tres fueron, a su vez, los componentes de ese motor modernizador de la sociedad y la política catalanas: 1) la «profunda conciencia diferencial catalana» (alimentada por Valentí Almirall o por Enric Prat de la Riba), también definida por él como un «preeexistente sentimiento diferencial»; 2) un anticentralismo catalán (expresado como «espíritu» o como «poso anticentralista») que Colomines encuentra incluso en diferentes discursos del general Prim, y 3) la «secesión cultural [de Cataluña] respecto de España». La combinación de estos tres ingredientes, cuyo peso fue creciendo «con el paso del tiempo», explicaría así «el mar de fondo que enfrentaba a los catalanes con el poder de Madrid». Pero Colomines da una vuelta más a sus argumentos, en un sentido similar a las propuestas políticas de Prat de la Riba: «el catalanismo político de finales de siglo [XIX] recogió la fuerza de la modernidad ilustrada» del país, de manera que «lo que hoy denominaríamos hecho nacional catalán ha sido, pues, resultado de una mayor modernidad social de Cataluña».<sup>8</sup>

Los argumentos de Colomines conforman el primer capítulo de una obra colectiva, financiada por la Generalitat de Catalunya, y publicada en 1998 con un significativo título: *La resposta catalana a la crisi i la pèrdua colonial de 1898*. Sus ideas, por lo tanto, intentan explicar a los lectores en qué consistió esa peculiar o particular «respuesta catalana». En otras palabras, intentan

Ucelay, *El imperialismo...* y Óscar Costa Rubial, *L'imaginari imperial: el noucentisme català i la política internacional*, Barcelona, Institut Cambó, 2002.

<sup>8</sup> Agustí Colomines, «Catalunya-Espanya: descentralització, regeneracionisme i catalanisme», en *La resposta catalana a la crisi i la pèrdua colonial de 1898*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Ed. 92, 1998, pp. 15-27.

crear opinión respondiendo a la pregunta ¿cuáles fueron las conclusiones que sacó Cataluña de la derrota de 1898? También Josep Maria Solé i Sabaté ha utilizado, de forma similar, el prólogo de otro libro financiado asimismo por la Comissió 1898 de la Generalitat de Catalunya (y publicado, igualmente, el año del centenario del «Desastre») para sentar cátedra, insistiendo en algunas de las ideas de Prat.<sup>9</sup>

De entrada, para Solé i Sabaté, «el año 1898 marca –como para el político de Castellterçol– un punto clave en la historia de Cataluña». Tomando precisamente como punto de partida «la guerra de 1895-98», este historiador afirma que «la respuesta de la sociedad española y catalana [fue] no coincidente y posteriormente será divergente, si no enfrentada». Mientras que «el 1898 para España [fue] el despertar de un sueño que había mantenido el simulacro de una gran potencia», convirtiéndose en la muestra «patente de la decadencia española», la misma fecha fue el momento en que Cataluña dio un

salto para seguir una vía propia, alejada espiritualmente de España, [fue el momento de] la elección de una vía catalana, esto es, el afán múltiple de la sociedad catalana (...) de seguir un camino donde el horizonte [era] la industria, el comercio, la democracia y la defensa de los propios intereses sin intermediarios de ningún tipo.

Según Solé i Sabaté, España había sido «una pesada y anticuada carga económica y política» para sus colonias. Incapaz de atender las demandas de la sociedad cubana, el Estado español (para Solé i Sabaté, como para Prat de la Riba, sinónimo de Castilla) había «afrontado el reto militar desde un patrioterismo nacionalista exacerbado y casi histriónico». Y una vez consumada la derrota frente a Estados Unidos «la respuesta de la Castilla eterna [fue] el retorno a la espiritualidad». En Cataluña, por el contrario, «la complejidad de la sociedad catalana» provocó una respuesta diferente. Entre otros vectores explicativos de esa respuesta diferencial, Solé i Sabaté señala «la catalanidad anclada en las entrañas del país, [una catalanidad que] se fue orientando cada vez más hacia actitudes políticas ante la ignorancia de un sistema político» como el de la Restauración canovista. Así, para él, como para Colomines, el nacionalismo catalán finisecular fue una apuesta regeneracionista que dio salida «a todo lo que la sociedad catalana aspira[ba] a ser, una sociedad paralela a los otros países vecinos de la Europa más avanzada».<sup>10</sup> A partir de 1898, Cataluña empezó a avanzar, por lo tanto, decidida e imparablemente hacia la modernidad y el europeísmo, de la mano del nacionalismo pratiano.

<sup>9</sup> Prólogo de Josep M. Solé i Sabaté en Oriol Junqueras, *Els catalans i Cuba*, Barcelona, Proa, 1998, pp. 11-14. La traducción es mía.

<sup>10</sup> Ibíd.

La voluntad de forzar las conclusiones de una monografía dedicada a analizar históricamente las relaciones entre «los catalanes y Cuba» (tal como reza el título del libro) se muestra en los dos subtítulos que los editores le añadieron: «las profundas contradicciones y complejidades de las relaciones de Cataluña con Cuba –y con España– durante más de dos siglos» y «el origen del catalanismo político». Cien años después de las derrotas de Cavite y de Santiago de Cuba, se hacía preciso utilizar las conmemoraciones del centenario para proponer una lectura de las relaciones históricas entre Cuba y Cataluña que diesen por buenas las propuestas y apuestas que formuló entonces Enric Prat de la Riba.

Ahora bien, más allá de operaciones legitimadoras de determinados discursos políticos (o, mejor dicho, frente a este tipo de operaciones), me parece necesario formular algunas preguntas: ¿Cuál fue el grado de implicación acreditado por Cataluña en relación con el colonialismo español y, sobre todo, con la política colonial formulada por España en las décadas previas a 1898? ¿Acaso, como afirmaba Prat, los catalanes habían vivido como extrañas las empresas imperiales españolas o, por el contrario, las habían sentido como propias? La política colonial ensayada por el Estado español en Cuba, en Puerto Rico o en Filipinas ¿se diseñaba desde Madrid por unos políticos que encarnaban ese centralismo castellano (carpetovetónico) tan criticado por Prat o, por el contrario, reflejaba también determinados intereses y propuestas articulados desde Cataluña?

Sin pretender aportar una respuesta definitiva a dichas preguntas, las páginas que siguen intentan ofrecer, sin embargo, algunos elementos para la reflexión. En primer lugar, me ocuparé extensamente de la empresa de los denominados Voluntarios catalanes, enviados en 1869 por la Diputación de Barcelona a combatir en la manigua cubana. Me centraré, a continuación, en el proceso de organización de aquellos vecinos de Barcelona que tenían intereses en Cuba (en plataformas diferentes como el Círculo Hispano Ultramarino, la Liga Nacional o la Agrupación de Hacendados de Ultramar) y de su imbricación en la política local, primero, y estatal, después. En tercer lugar, analizaré dos empresas domiciliadas en la capital catalana, el Banco Hispano Colonial y la Compañía General de Tabacos de Filipinas, que se beneficiaron de un proceso que privatizó, en beneficio de sus accionistas, dos de las principales rentas o fuentes de ingresos generadas por las economías cubana y filipina: los aranceles de aduanas (en el primer caso) y la producción y comercialización de tabaco (en el segundo). Por último, para concluir me centraré en dos momentos diferentes de euforia colonialista registrados en Cataluña: el abortado conflicto con Alemania por la soberanía de las islas Carolinas, en 1885 (que puso de relieve la extraordinaria y transversal capacidad movilizadora acreditada por el colonialismo español en la capital catalana), y, en segundo término, la guerra de Melilla, en el otoño de 1893.

#### BARRETINAS EN LA MANIGUA: LOS VOLUNTARIOS CATALANES EN LA GUERRA DE CUBA

La primera guerra por la independencia de Cuba se inició en el oriente de la isla el 10 de octubre de 1868, con el denominado Grito de Yara. La apuesta independentista en la isla coincidió con una revolución política registrada paralelamente en la metrópoli. En la capital catalana singularmente, esa *revolución Gloriosa* implicó la entrada en la primera línea institucional de algunas fuerzas marginadas hasta entonces del juego político.<sup>11</sup> Una vez que las elecciones municipales de diciembre de 1868 habían ayudado a despejar el panorama político local, un número destacado de comerciantes e industriales de Barcelona creyó llegado el momento de organizarse para conseguir que la Diputación provincial se implicase directamente en el conflicto cubano.

Así, el viernes 8 de enero de 1869 se reunieron en la capital catalana un total de ciento veintiocho hombres de negocios de la ciudad. Alarmados por «las noticias que sucesivamente se reciben» de Cuba, decían, y que «aumenta[ba]n [su] inquietud al considerar comprometidos los grandes intereses de este país [en la isla], las vidas de nuestros hermanos a la vez, que la honra de nuestro pabellón», los participantes en la reunión acordaron exigir, más que pedir, a la Diputación de Barcelona que impulsase rápidamente iniciativas concretas en contra de la insurrección independentista que había estallado en el oriente cubano meses antes. Enterada la corporación provincial, citó a una representación de los peticionarios para el lunes siguiente, día once. En esa reunión, diputados provinciales y delegados de los firmantes del exhorto decidieron, de común acuerdo, que lo que convenía era organizar «un cuerpo de voluntarios» catalanes con destino a la isla. Unos y otros se comprometieron entonces a cubrir «todos los gastos del enganche (...) [mediante] una suscripción patriótica y nacional que iniciaría la Diputación», a la par que solicitaban al Gobierno que se comprometiese a «equipar, transportar y mantener [al batallón de voluntarios] mientras dur[as]e la insurrección, licenciándolo después». Con tal motivo, ese mismo día dirigieron un telegrama a Víctor Balaguer, residente entonces en Madrid (a quien presentaron la propuesta como una iniciativa que había surgido de una demanda «de las principales casas y familias de Barcelona»), para que éste, a su vez, la presentase al Gobierno.<sup>12</sup>

La primera respuesta de las autoridades de Madrid no fue del agrado de los catalanes. Mediante un lacónico telegrama en el que se agradecía la iniciativa de la Diputación de Barcelona, el Gobierno español les decía que «las noticias de la Isla no tienen la gravedad que se las quiere dar» y rechazaba, en consecuencia, la oportunidad de la propuesta. Y es que, frente a la belicosidad mostrada desde Barcelona, el Gobierno confiaba en las gestiones pacificadoras

<sup>11</sup> Marició Janué i Miret, *Polítics en temps de revolució*, Vic, Eumo, 1992.

<sup>12</sup> Arxiu de la Diputació de Barcelona (ADB), legajo 3.543, exp. 3.

que Domingo Dulce, nombrado capitán general de la isla tras la Gloriosa, debía realizar en Cuba. Ahora bien, las presiones recibidas desde la capital catalana forzaron al Gobierno de Prim a acabar aceptando, un mes después, la iniciativa acogida por la Diputación de Barcelona. No le tembló entonces la pluma a Joan Mañé i Flaquer, intelectual orgánico de los conservadores catalanes, para señalar la debilidad y el desacuerdo del Gobierno al «no consentir que se hiciesen los alistamientos» de los voluntarios, al «no permitir que el espíritu patriótico de Cataluña (...) se manifestara vivo y ardiente de manera que el eco de estas manifestaciones llegase hasta los rebeldes de Cuba y les convenciera de que España está dispuesta a todo linaje de sacrificios para conservar a sus preciosas Antillas». <sup>13</sup> Así opinaba y se expresaba este influyente pensador y político catalán, reivindicado precisamente por Prat de la Riba como uno de sus referentes intelectuales. <sup>14</sup> Y es que, según las palabras del director del *Diario de Barcelona*, «un mes perdido vale por diez acciones de guerra ganadas por los sublevados». <sup>15</sup>

Tras obtener el beneplácito del Gobierno, la Diputación de Barcelona se puso a trabajar rápidamente. El 18 de febrero de 1869 el pleno de la institución tomó el acuerdo de organizar «un batallón de *Voluntarios de Cataluña*» compuesto por mil hombres, de entre veinte y cuarenta años, bajo el mando de jefes y oficiales del Ejército. Los soldados percibirían un jornal de cuatro pesetas diarias, mientras que «para facilitar el enganche» de los voluntarios, así como «para aliviar el desamparo de sus familias», la Diputación les entregaría, además, ciento sesenta pesetas. <sup>16</sup> La propia institución abrió rápidamente una suscripción económica, para disponer de fondos suficientes, y, en apenas tres días, llegó a recaudar cien mil pesetas. De hecho, la recaudación total ascendió, sólo en la ciudad de Barcelona, a más de doscientas mil pesetas (a las que cabría añadir las cantidades aportadas por otras localidades costeras de Cataluña que abrieron, *motu proprio*, suscripciones paralelas). <sup>17</sup>

<sup>13</sup> *Diario de Barcelona*, 18 de febrero de 1869, pp. 1.539 y 1.540.

<sup>14</sup> Para una reciente aproximación coral a su pensamiento, cfr. *L'Estat-nació i el conflicte regional: Joan Mañé i Flaquer, un cas paradigmàtic 1823-1901*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2004.

<sup>15</sup> *Diario de Barcelona*, 18 de febrero de 1869, pp. 1.539 y 1.540. Sobre la hegemonía de ese pensamiento, expresado de forma meridiana por Mañé i Flaquer, y sobre la capacidad de sus valedores para convertir en inviable cualquier propuesta que buscarse otras alternativas, Albert Garcia Balañà, «Tradició liberal i política colonial a Catalunya. Mig segle de temptatives i limitacions, 1822-1872», en Josep M.ª Fradera *et al.*, *Catalunya i Ultramar. Poder i negoci a les colònies espanyoles, 1750-1914*, Barcelona, Museo Marítim, 1995.

<sup>16</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de febrero de 1869, p. 1.585.

<sup>17</sup> *Diario de Barcelona*, 21 de febrero de 1869, p. 1.561; 14 de marzo de 1869, p. 2.461. En Sant Feliu de Guíxols recaudaron, por ejemplo, 6.035 pesetas, mientras que en Lloret de Mar aportaron otras 5.285; cf. *Diario de Barcelona*, 10 de marzo de 1869 y 24 de marzo de 1869, p. 2.856. Las cifras publicadas por la prensa (equivalentes en suma a 211.560 pesetas) superan ligeramente las que ofrece Moreno Masó (190.750 ptas.), cfr. José J. Moreno Masó,

El alistamiento de los voluntarios principió el lunes 22 de febrero, en la sede de la Diputación, en la entonces plaza de la Constitución. Las colas fueron numerosas, especialmente en los primeros días, produciéndose incluso, tanto en las oficinas de la institución como fuera de ellas, problemas de orden público. De hecho, la Diputación de Barcelona había recibido diferentes «telegramas de los alcaldes de poblaciones tan importantes como Tarragona, Reus, Manresa y otras manifestando que se le presentan jóvenes para alistarse en el cuerpo de voluntarios», jóvenes que acabaron trasladándose a la capital catalana, para formalizar su alistamiento. Así, en apenas doce días, se habían alistado un total de 830 voluntarios.<sup>18</sup> Sabemos que al menos una tercera parte de quienes se alistaron no alcanzaba todavía la edad mínima inicialmente prevista, siendo por lo tanto menores de veinte años.<sup>19</sup> No le importó a la Diputación de Barcelona alistar a adolescentes, con tal de enviarlos a sofocar la sublevación cubana. En general, los voluntarios alistados eran, en su mayoría, hijos de familias humildes, atraídos no sólo por las remuneraciones prometidas y por la prima de enganche sino, sobre todo, por la posibilidad de emigrar a la gran Antilla, donde poderse labrar un futuro mejor, sin tener que pagar el siempre costoso pasaje.<sup>20</sup> De hecho, en las condiciones del alistamiento, la Diputación había consignado expresamente que «concluida la guerra, estos voluntarios (...) obtendrán su licencia absoluta con la facultad (...) de permanecer en Cuba si les convinire (...) [recibiendo] por vía de gratificación, el importe íntegro de un mes de haber». Así, mientras recibían los uniformes y esperaban zarpar, algunos de esos voluntarios se procuraron en Barcelona «cartas de recomendación para respetables casas de comercio de aquella Antilla».<sup>21</sup> Dichos jóvenes recibieron

*La petjada dels catalans a Cuba*, Barcelona, Comissió Amèrica i Catalunya-1992, 1993, p. 60. Tales cantidades cobran mayor significado si tenemos en cuenta que corrían entonces suscripciones paralelas para cubrir el vacío que la reciente supresión del impopular impuesto de consumos había producido en los ingresos de las haciendas locales.

<sup>18</sup> *Diario de Barcelona*, 22 de febrero de 1869, p. 1.690; 23 de febrero de 1869, p. 1.706; 25 de febrero de 1869, p. 1.771; 3 de marzo de 1869, p. 2.017; 4 de marzo de 1869, pp. 2.050 y 2.073.

<sup>19</sup> José J. Moreno Masó, *La petjada...*, pp. 66 y 67. También el cónsul estadounidense de Barcelona hablaba de voluntarios de entre 15 y 40 años, cf. USNA, *Consulate (Barcelona), Despatches from U.S. Consuls in Barcelona, Spain*.

<sup>20</sup> José A. Piquerias Arenas, *Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, pp. 303 y 304, ha señalado, por otro lado, que las remuneraciones ofrecidas eran equivalentes a las que «alcanza[ba]n sólo los trabajadores muy especializados», en un contexto de alto desempleo, lo que explicaría el «aliciente mercenario» y el éxito de la operación. No obstante, buena parte de los alistados no eran desempleados, sino que, como señalaba Timoteo Capella, uno de los impulsores de la operación, en una carta dirigida a Víctor Balaguer, «cuasi todos han dejado las colocaciones que ocupaban, contando muchos de ellos que en acabando allí [en Cuba] la campaña encontrarán todos buenas colocaciones», recogido por Albert Garcia Balañà, «Tradició liberal...», p. 95.

<sup>21</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de febrero de 1869, p. 1.585; 3 de marzo de 1869, p. 2.041. Sobre la importancia del Ejército como instrumento para emigrar a Cuba, Manuel Moreno

entonces, además, promesas verbales de que, al acabar la guerra, recibirían un empleo público, fuese en Cuba o en la península.<sup>22</sup>

Durante el alistamiento se desencadenó un nuevo conflicto entre la Diputación de Barcelona, por un lado, y el Gobierno de Madrid y el capitán general de Cataluña, por otro. Todo empezó el 1 de marzo, día en que llegaron a Barcelona, desde la capital española y desde otras provincias no catalanas, doscientos jóvenes dispuestos a alistarse, enviados al parecer por el Gobierno. El hecho de que llegasen «personas extrañas al Principado» de Cataluña desencadenó la indignación de la Diputación de Barcelona, dispuesta a mantener el espíritu inicial de una empresa profunda y esencialmente catalana; una Diputación que había hablado siempre de «voluntarios de Cataluña» y de «tercios catalanes destinados a la isla de Cuba». Por otro lado, y para evitar que el batallón superase el número de mil individuos, el 5 de marzo de 1869 el capitán general de Cataluña, Ramón Nouvilas, recibiendo órdenes directas del general Prim, obligó a que la Diputación suspendiese el alistamiento. Fue la gota que colmó el vaso. Horas después, en una reunión extraordinaria de la institución, los diputados provinciales amagaron con una dimisión en bloque si no se atendían sus pretensiones. Su firme actitud obligó al Gobierno a dar marcha atrás. Así, el 13 de marzo pudo volverse a abrir el alistamiento y, dos días más tarde, acabó completándose el millar previsto de voluntarios, «todos naturales del Principado». Muchos otros jóvenes, también catalanes, quedaron incluso fuera del batallón y «algunos de ellos (...) hasta han ofrecido renunciar a la gratificación del enganche» con tal de conseguir pasaje para la isla, informaba puntualmente el *Diario de Barcelona*.<sup>23</sup>

El conflicto entre Madrid y Barcelona se había desactivado siguiendo las pretensiones de la Diputación catalana: los doscientos voluntarios no catalanes acabaron conformando dos unidades diferentes, denominadas de Tiradores de Madrid («completamente independientes» del Primer Batallón de los voluntarios catalanes, denominado, a su vez, de Cazadores de Barcelona) y acabaron embarcando rumbo a La Habana un día antes que los catalanes y en un barco diferente, el vapor *Buenaventura*. Los hombres de la Diputación consiguieron, incluso, que cualquier observador pudiese percibir físicamente las diferencias entre unos y otros: mientras que los Tiradores de Madrid llevaban, además del uniforme militar, «una especie de casquete griego con larga borla verde»,

Fraginals y José J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte. (El ejército español en Cuba como vía migratoria)*, Oviedo, Ed. Júcar, 1993. Este último autor ha cifrado el número de «cobreros y menestrales» en un 67% de los alistados, mientras que los «payeses» representaron el 12% y sólo había un 0,2% de fabricantes o propietarios; cfr. José J. Moreno Masó, *La petjada...*, p. 69.

<sup>22</sup> ADB, legajo 560, exp. 2.

<sup>23</sup> *Diario de Barcelona*, 3 de marzo de 1869, p. 2.017; 4 de marzo de 1869, p. 2.050; 5 de marzo de 1869, p. 2.090; 6 de marzo de 1869, pp. 2.122 y 2.123; 14 de marzo de 1869, p. 2.450; 17 de marzo de 1869, p. 2.562.

los Cazadores de Barcelona llevaban «faja del país de distintos colores, gorro catalán encarnado, polainas también del país y alpargatas».<sup>24</sup> Y es que los elementos simbólicos tuvieron, en toda la operación, una gran importancia. La barretina se convirtió, desde el primer momento, en el símbolo identificativo de los Voluntarios, en la principal señal de identidad de una iniciativa que quería mostrarse como una empresa esencialmente catalana.<sup>25</sup> No en vano, al alistarse se entregaba a los voluntarios «por distintivo la gorra encarnada, vulgo barretina, con forro de diferente color según la compañía a que pertenezcan». Y cuando éstos mostraron su incipiente malestar por la llegada de los doscientos jóvenes no catalanes, el capitán general de Cataluña los visitó en sus cuarteles de la Barceloneta y los intentó tranquilizar anunciándoles que los recién llegados embarcarían hacia Cuba, pero «sin usar el distintivo de la barretina de aquellos».<sup>26</sup> De hecho, mientras permanecieron en Barcelona, los cronistas de la prensa conservadora de la ciudad insistieron con alborozo y reiteradamente en la importancia del uso del «gorro encarnado catalán» por parte de los jóvenes voluntarios.<sup>27</sup>

De todas formas, la catalanidad de la empresa no se expresó de forma alternativa a un marcado patriotismo español. Ni siquiera como un elemento

<sup>24</sup> *Diario de Barcelona*, 6 de marzo de 1869, pp. 2.122 y 2.123; 8 de marzo de 1869, p. 2.211; 24 de marzo de 1869, p. 2.843; 27 de marzo de 1869, p. 2.938. Borja de Riquer, «La Diputació revolucionària: 1868-1874», en Borja de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987, vol. I, p. 206, señaló en su día que «la oficialidad [de los Batallones de Voluntarios] estuvo formada por militares profesionales nacidos en Cataluña». Sin embargo, este extremo no aparece recogido explícitamente entre las instrucciones militares que conformaron el llamamiento.

<sup>25</sup> Sobre la barretina como elemento esencial en la imagen tópica de los catalanes, Pere Anguera, «La barretina, la imatge tòpica del [pàgès] català», en Josep M. Delgado *et al.* (eds.), *Antoni Saumell i Soler. Miscel.lània in Memoriam*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2007, pp. 437-450.

<sup>26</sup> *Diario de Barcelona*, 3 de marzo de 1869, p. 2.017.

<sup>27</sup> En los primeros días, cuando no se conocía aún cuál iba a ser el uniforme de los Voluntarios, se sabía que «de él formará parte el característico gorro catalán», mientras que al dar cuenta de un acto público de los mismos en la céntrica plaza de la Constitución, la prensa conservadora resaltaba particularmente la vistosidad de «las filas dobles de gorros encarnados». Al describir, por otro lado, el embarque propiamente dicho del Primer Batallón de Voluntarios, en el vapor *España*, la misma prensa consignaba que la «animación [del acto] resaltaba mucho más por el movimiento de los gorros encarnados de los expedicionarios». Y al describir el embarque del Segundo Batallón, el 23 de noviembre de 1869, insistía en que «el buque [el vapor *Santander*], visto desde la Rambla de Santa Mónica, ofrecía un pintoresco punto de vista por los centenares de gorros encarnados que había a bordo», *Diario de Barcelona*, 4 de marzo de 1869, p. 2.050; 25 de marzo de 1869, p. 2.890; 28 de marzo de 1869, pp. 2.995 y 2.996; 24 de noviembre de 1869, p. 11.726 y 11.727. Cincuenta y seis años después, Conrad Roure todavía recordaba cómo, al zarpar el vapor *España*, «a los gritos entusiastas de los que quedaban, los voluntarios ondeaban al aire las encarnadas barretinas», cfr. Conrad Roure, *Recuerdos de mi larga vida*, Barcelona, El Diluvio, 1925, p. 220.

diferencial con respecto a éste. Al contrario, la insistencia en utilizar una simbología peculiarmente catalana y, como se verá, las invocaciones a la «gloriosa» historia medieval del país (sobre todo, las referencias retóricas a las gestas catalanas en el Mediterráneo) buscaban identificar la empresa de los «tercios catalanes destinados a la isla de Cuba» como un componente fundamental de un colonialismo claramente español, ahora en tierras americanas. Así, por ejemplo, el primer llamamiento público de la Diputación de Barcelona presentó la iniciativa hablando de «un batallón de Voluntarios de Cataluña que reverdecie los laureles ganados por nuestros antepasados en los campos del Asia (...) sustente y afiance el dominio de *nuestro glorioso pendón* en las posesiones españolas de América», mientras que el llamamiento del propio capitán general, animando a los jóvenes catalanes a su alistamiento, se había servido de elementos similares, al identificarlos como «bravos hijos de los invencibles almogávares» y al recordarles «el grito de *desperta ferro*». <sup>28</sup>

En el solemne acto de entrega de la bandera, celebrado en la plaza de la Constitución el miércoles 24 de marzo de 1869, cuatro días antes de que el batallón zarpase para La Habana, fue cuando más claramente se hizo uso de esa intencionada retórica histórica. El diputado provincial Narciso Gay, presidente de la Comisión que había gestionado la iniciativa, se dirigió a los jóvenes voluntarios con una apasionada arenga que no tenía nada que envidiar a la que Tirant lo Blanc pudo hacer en Constantinopla, según la imaginación de Joanot Martorell: «Catalanes sois y catalanes fueron los que en remotas edades llevaron triunfantes nuestras armas en Mallorca y en Ibiza, en África y en Sicilia; y en Grecia, y en Cerdeña, y en Italia», dijo. Y acabó reproduciendo «las textuales palabras que profirió el padre del príncipe general D. Alfonso cuando al partir para la conquista de Cerdeña le entregó el estandarte de los Condes de Barcelona que en las guerras se llevaba». A Gay le sucedió en el uso de la palabra el presidente en ejercicio de la Diputación (aunque formalmente vicepresidente), el progresista Aniceto Mirambell, quien aclaró a los Voluntarios «que les hablaba en catalán porque catalanes eran todos (...) y porque la empresa era catalana», insistiendo además en que «no se ha acabado aún el valor catalán, como lo evidenció la [reciente] guerra de África». <sup>29</sup>

Mirambell cerraba de esta manera un hilo argumental que pretendía unir un pasado lejano, protagonizado en el Mediterráneo oriental por los míticos almogávares, con un pasado reciente, encarnado por los Voluntarios catalanes y sus acciones en Marruecos, en la denominada guerra de África. De hecho,

<sup>28</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de febrero de 1869, p. 1.579 y 1.585. Los énfasis en la cita son míos.

<sup>29</sup> *Diario de Barcelona*, 25 de marzo de 1869, p. 2.890. Mientras se alistaban más jóvenes para el Segundo y el Tercer Batallón de Voluntarios catalanes, en el otoño siguiente, la prensa conservadora de la ciudad seguía insistiendo en que «la Patria tendrá en estos entusiastas voluntarios, tercios tan aguerridos como aquellos que inmortalizaron el nombre catalán en Oriente», *Diario de Barcelona*, 14 de noviembre de 1869, p. 11.375.

en el telegrama que la Diputación de Barcelona envió el 11 de enero de 1869 al Gobierno español, presidido por el general Prim, se presentaba la iniciativa afirmando: «Se desea que Cataluña, como sucedió cuando la guerra de África, levante un cuerpo de voluntarios». <sup>30</sup> Así, en el acto de entrega de la bandera, tanto Aniceto Mirambell como el resto de oradores pronunciaron sus discursos «desde el balcón donde se hallaba colocado el cuadro de la batalla de Tetuán», obra del pintor Mariano Fortuny por encargo, precisamente, de la Diputación de Barcelona. Y el propio Narciso Gay acabó su perorata «señalando el cuadro que estaba expuesto en el balcón» y diciendo a los Voluntarios: «a la vista tenéis el inolvidable recuerdo de otras brillantes proezas en Castillejos y Tetuán». No en vano, el primer llamamiento de la Diputación catalana no sólo había vinculado la iniciativa con «los laureles ganados por nuestros antepasados en los campos del Asia», sino también con las gestas de «nuestros hermanos en las playas del África», mientras que el capitán general de Cataluña, Ramón Nouvelas, quiso por su parte despedir rumbo a Cuba al Primer Batallón de Voluntarios catalanes recordándoles «que eran catalanes, que las barras de Cataluña se han paseado siempre triunfantes por Europa, por Asia y por África, y que ellos eran los primeros que iban a pasearlas por América». <sup>31</sup>

Los impulsos de ese Primer Batallón de Voluntarios a la gran Antilla, en el invierno de 1869, tuvieron presente en todo momento una guerra desencadenada apenas diez años antes contra el sultán de Marruecos. Una «guerra de trazo neoimperial» que se vio acompañada de «indiscutibles y variadas manifestaciones (...) [y] celebraciones explícitamente españolistas» en la ciudad de Barcelona, analizadas por Albert Garcia. Como ha mostrado y demostrado este autor, la creación de un cuerpo de voluntarios civiles con destino a Marruecos, entre diciembre de 1859 y enero de 1860 obedeció a una operación planificada a iniciativa del entonces capitán general de Cataluña, Domingo Dulce, y, sobre todo, del general Prim, y secundada por la Diputación de Barcelona. Una operación llena de «motivaciones políticas» que buscó y consiguió no solamente «recomponer algún tipo de puente entre la autoridad institucional

<sup>30</sup> ADB, legajo 3.543, exp. 3. El énfasis en la cita es mío.

<sup>31</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de febrero de 1869, p. 1.585; 28 de marzo de 1869, p. 2.890. A la prensa conservadora le interesaba hacer ver que entre los primeros alistados destacaban quienes habían participado en el cuerpo de voluntarios catalanes de la guerra de África o en alguna milicia de corte democrático: «hay muchos voluntarios de la libertad, un gran número de licenciados del ejército, [y] varios individuos del cuerpo de voluntarios catalanes que pasó a África», *Diario de Barcelona*, 23 de febrero de 1869, p. 1.706. Consta, en otros casos, la presencia de algún alistado para Cuba cuyo padre «había muerto siendo voluntario en la campaña de África», *Diario de Barcelona*, 24 de noviembre de 1869, pp. 1.726 y 1.727. Sobre la importancia de la poesía medievalizante en la *Renaixença* y particularmente sobre el uso y el abuso de la historia medieval catalana con motivo de la guerra de África de 1859-1869, Josep M. Fradera, *Cultura nacional en una societat dividida*, Barcelona, Curial, 1992.

y el liberalismo radical catalán», sino también reconciliar al general Prim con el progresismo catalán para poder encumbrar al político de Reus (ennoblecido gracias a la guerra como marqués de los Castillejos) a la cima política de los progresistas españoles.<sup>32</sup>

Sin duda alguna, el éxito político de la operación de los voluntarios catalanes en África debió inspirar a los promotores del alistamiento del batallón para Cuba, en 1869, aunque ahora las «motivaciones políticas» fuesen distintas. De hecho, en el largo mes que pasó entre el inicio del alistamiento y su embarque hacia La Habana, los jóvenes voluntarios estuvieron continuamente presentes en los espacios públicos de la ciudad. Así, en sus días libres paseaban uniformados por Barcelona, haciendo notar, mientras que la Diputación llegó a contratar a «treinta y cinco músicos para componer una charanga» del cuerpo, banda que actuó en cuanto tuvo ocasión. La propia Diputación organizó asimismo una larga función en el Teatro Principal, en el que una escuela de música representó la zarzuela *Don Jacinto*, mientras que los voluntarios hicieron lo propio con un baile, así como con «la comedia catalana “Al altre mon” [sic]». Se trata de una comedia bilingüe escrita por Josep Maria Arnau que se había representado, por primera vez, cuatro años antes en el Teatro Variedades, con gran éxito. La acción transcurre precisamente en La Habana y se basa en los amores entre un joven recién llegado a la isla y su prima, hija y única heredera de un catalán que allí se había enriquecido. La Diputación quiso, sin duda, seguir alimentando entre los jóvenes voluntarios ese imaginario que identificaba a Cuba con un espacio privilegiado para la promoción social y para el enriquecimiento más o menos fácil, fuese por la vía del trabajo o del matrimonio. Por el momento, los beneficios de la función se dedicaron a un fin caritativo: el reparto «de panes a los pobres de la Barceloneta», cerca de donde estaban acuartelados los voluntarios.<sup>33</sup>

No debe extrañar, por otro lado, que «varios jóvenes de esta capital» se planteasen regalarles «un magnífico estandarte (...) con la siguiente inscripción: “Barcelona agradecida a los bravos voluntarios de Cataluña”», ni que la Diputación provincial registrase la solicitud de embarque «de un escritor para cronista de la expedición [sic]». Un especial significado tuvo la participación de los voluntarios de Cuba en «la gran manifestación proteccionista» organizada en la capital catalana por la patronal Fomento de la Producción Nacional, el

<sup>32</sup> Albert Garcia Balañà, «Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-60)», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español...*, pp. 13-77.

<sup>33</sup> *Diario de Barcelona*, 10 de marzo de 1869, p. 2.276; 17 de marzo de 1869, pp. 2.562 y 2.586; 18 de marzo 1869, pp. 2.602 y 2.655. *Al altre mon, comedia bilingüe, original, en dos actos y en verso por D. José María Arnau. Representada con extraordinario éxito en el teatro de Variedades, en la noche del 28 de junio de 1865*, Barcelona, I. López editor, 1866.

<sup>34</sup> *Diario de Barcelona*, 2 de marzo de 1869, p. 1.962; 6 de marzo de 1869, p. 2.123.

21 de marzo de 1869. Junto a los pendones que abrieron la marcha cabe señalar la presencia de

varias [bandas de] música, en número de unas veinte, entre las cuales había todas las de la guarnición [y] la de los Voluntarios catalanes expedicionarios a Cuba, que tocaba aires nacionales de una manera admirable, a pesar de los pocos días que cuenta de organización.<sup>35</sup>

De hecho, en la empresa de los voluntarios de Cuba nada fue dejado al azar o a la improvisación. La propia Diputación provincial había nombrado, por ejemplo, «una comisión del seno de la misma (...) para combinar la manera de organizar el programa de la jura de [la] bandera y el embarque de los voluntarios»;<sup>36</sup> unos actos masivos desarrollados, como se ha visto, en la plaza de la Constitución y en el puerto de Barcelona.

Marció Janué ha caracterizado la primera de esas ceremonias, dedicada a la entrega de la bandera, como un acto en el que «se pronunciaron diversos discursos en los cuales se mezclaban las afirmaciones de patriotismo catalán y español, en ambas lenguas».<sup>37</sup> En todo caso, ese «patriotismo catalán» debe interpretarse (igual que las movilizaciones plebeyas que acompañaron la marcha y el regreso de los voluntarios catalanes en África, en 1859 y en 1860) como un instrumento más, un componente esencial, de una empresa colonialista española, indudablemente agresiva. No como expresión de sentimiento diferencial alguno, sino como una clara contribución a la defensa de la españolidad de Cuba. El propio Narciso Gay quiso recordar a los jóvenes voluntarios, al entregarles la bandera del tercio, que «iban a contribuir a la represión de una insurrección desalentada (...) a evitar la pérdida de una joya envidiada por su valor inestimable, a defender la integridad del territorio, a pelear para que *España viva* contra los que allí claman *muera España*», mientras que el dirigente local del partido progresista Aniceto Mirambell insistía en que los voluntarios «iban [a Cuba] (...) a defender la integridad del territorio».<sup>38</sup> Y es que la propia bandera que recibieron los voluntarios en la solemne ceremonia mostraba simbólicamente en qué medida la catalanidad de la empresa se percibía como una aportación al nacionalismo español.

Al poco de iniciarse el alistamiento, un artesano de Barcelona, apellidado Medina, que poco antes había realizado «el estandarte para un escuadrón de caballería de voluntarios navarros para Cuba», empezó a bordar «el pendón

<sup>35</sup> *Diario de Barcelona*, 22 de marzo 1869, pp. 2.777-2.780; 23 de marzo de 1869, p. 2.794.

<sup>36</sup> *Diario de Barcelona*, 6 de marzo 1869, pp. 2.122 y 2.123. Se conservan las actas de las dos comisiones creadas por la Diputación para asegurar el éxito de la empresa de los voluntarios, ADB, legajo 3.543, exp. 5.

<sup>37</sup> Marció Janué i Miret, *Polítics en temps...*, p. 131.

<sup>38</sup> *Diario de Barcelona*, 25 de marzo de 1869, p. 2.890.

o bandera de los Voluntarios catalanes que van a la isla». Se trataba de una bandera, costeada por la Diputación, con «dos caras idénticas», ambas con «los colores nacionales; ostentará en su centro un escudo circular con el blasón del Principado timbrado con la corona propia de los antiguos soberanos de la Marca Hispánica», rodeado por una orla vegetal y por «dos lemas semicirculares (...). En las cuatro esquinas estarán los escudos de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida».<sup>39</sup> Queda claro, por lo tanto, que ese «nuestro glorioso pendón» que llevaron los tercios catalanes a Cuba, en 1869, no era otro que la bandera española, en cuyo seno se habían incorporado tanto las cuatro barras como los escudos de las cuatro provincias catalanas.<sup>40</sup> A la bandera roja y gualda, pabellón de la marina borbónica convertido, durante el sitio de Cádiz, en estandarte de los liberales que impulsaron la Constitución de 1812, se le incorporaron, explícita pero subordinadamente, símbolos inequívocamente catalanes.<sup>41</sup> Una muestra más de que la empresa de los Tercios Catalanes de Cuba refleja perfectamente ese *doble patriotismo, esa doble lealtad*, de la que ha hablado Josep Maria Fradera. La simbología y la escenografía vinculadas a dicha iniciativa permiten apreciar hasta qué punto «el cultivo de lo propio» y «la adhesión a la idea nacional española» coexistieron sin problemas, en este caso en una empresa claramente agresiva y colonialista que buscaba derrotar militarmente las ansias independentistas cubanas.<sup>42</sup>

El día del embarque del Primer Batallón, y desde el vapor *España*, el capitán general de Cataluña, Ramón Nouvilas, acompañado por la Diputación en pleno, tomó juramento a los voluntarios con la pregunta: «¿Juráis a Dios y a la nación (...) defender esta bandera en paz y en guerra, hasta derramar la última gota de sangre, y ser fieles a vuestros jefes?», a la que contestaron, como cabía esperar, de forma afirmativa. Cuando estaban todos embarcados «les dirigió una alocución [final] en catalán recordándoles las frases que habían oído en el acto de jurar la bandera [española] (...) y les repitió las palabras que el Rey don Jaime el Conquistador dirigía a sus soldados».<sup>43</sup> A continuación, Nouvilas acudió junto con el gobernador civil y los diputados provinciales al banquete de gala que el armador del barco, el naviero Antonio López, ofrecía en su honor en el propio buque. Tras dar cuenta del almuerzo, regresaron todos a tierra firme,

<sup>39</sup> *Diario de Barcelona*, 3 de marzo 1869, p. 2.041; 6 de marzo 1869, p. 2.164.

<sup>40</sup> Tal como dijo el presidente de la Comisión de la Diputación provincial encargada de la organización del Batallón, «la Diputación provincial había estimado hacerles presente de una bandera, que ostentando los vistosos colores nacionales lleva los escudos de esta ciudad heroica y de las cuatro provincias catalanas», *Diario de Barcelona*, 25 de marzo de 1869, p. 2.890.

<sup>41</sup> Sobre la creación de esa bandera como símbolo del Estado liberal español, Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999.

<sup>42</sup> Josep M.ª Fradera, *Cultura nacional...*

<sup>43</sup> *Diario de Barcelona*, 28 de marzo de 1869, pp. 2.995 y 2.996; 25 de marzo de 1869, p. 2.890.

mientras que los 1.003 voluntarios de ese primer batallón pudieron marchar finalmente a Cuba, a jugarse la vida.

Si la Diputación de Barcelona había querido inmortalizar las gestas de los voluntarios catalanes en la guerra de África, en 1860, encargando a Mariano Fortuny un cuadro épico, de grandes dimensiones, fue otro pintor catalán, Ramón Padró, el que decidió tomar durante la larga ceremonia del embarque y «desde una lancha un apunte de aquel momento histórico». Esbozo que «presentado al cabo de unos días a la Diputación le valió de esta Corporación el encargo de hacer del asunto una gran tela al óleo, que fue una de las obras más notables de aquel» pintor.<sup>44</sup> No fue éste el único cuadro que inmortalizó la empresa de los Voluntarios catalanes de Cuba. El segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, quiso decorar por su parte el salón de recepciones de su Palacio de Sobrellano (un palacio que su padre, el armador Antonio López, mandara construir en su villa natal, Comillas) con una obra mural, pintada al óleo y sobre tela, entre 1889 y 1892, por Eduardo Llorens Masdeu y dedicada al *Embarque de Voluntarios de la Isla de Cuba*. El trabajo de Llorens muestra una bucólica escena con decenas de voluntarios (ataviados, por supuesto, con barretina, faja, polainas y *espardenyes* o alpargatas) cantando alegremente mientras se dirigen al vapor *Santander*, fondeado en el puerto de la capital catalana. Una escena presidida por la montaña de Montjuïc y el castillo homónimo, en la que aparece, en primer término, una niña besando tiernamente a un oficial del batallón, mientras le entregan la bandera del cuerpo.<sup>45</sup> La vistosidad del mural explica que la revista de historia *L'Avenç* lo escogiese como portada de su número 217 (que incluía un dossier dedicado a «1898, el final de un imperio») y que haya vestido también la cubierta del libro colectivo, editado por la Generalitat de Catalunya, titulado *La resposta catalana a la crisi i la pèrdua colonial de 1898*. Casualmente, o no, en este último caso, la bandera del batallón (donde los colores rojo y gualda rodeaban el escudo cuatribarrado) ha desaparecido de la ilustración de portada.

Para concluir este epígrafe dedicado a los Voluntarios de Cuba cabe señalar que no sólo de Barcelona partieron voluntarios para la isla. Sabemos, por ejemplo, que las tres provincias vascas enviaron asimismo un batallón o primer Tercio Vascongado, en los primeros meses de 1869. En este caso, sin embargo, sus promotores tuvieron auténticos problemas para conseguir alistar a apenas quinientos «voluntarios», es decir, a apenas la mitad de los mil hombres deseados.<sup>46</sup> En Cataluña, al contrario, tras el éxito del Primer Batallón, la

<sup>44</sup> Conrado Roure, *Recuerdos...*, p. 220.

<sup>45</sup> Manuel García-Martín, *Comillas modernista*, Barcelona, Gas Natural, 1993, pp. 175 y 201.

<sup>46</sup> Óscar Álvarez Gila y José M.ª Tápiz Fernández, «Propaganda y actitudes ante la independencia cubana: los Tercios Vascongados (1869)», en C.I.A.L. (comp.), *De súbditos del rey a ciudadanos de la nación*, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, 2000, pp. 325-338.

Diputación de Barcelona volvió a llamar a los jóvenes del país a alistarse con destino a Cuba. La convocatoria se hizo pública el 8 de noviembre de 1869 y quince días después, el martes día 23, marchaba de la capital catalana rumbo a la gran Antilla un Segundo Batallón compuesto por 1.150 hombres, embarcados en el vapor *Santander*. Cinco días más tarde, el domingo 28, un Tercer Batallón tomaba el tren con destino a Cádiz, donde acabaría embarcando para La Habana.<sup>47</sup>

También en el otoño de 1869 se organizó un segundo Tercio Vascongado para la isla mientras que en Navarra se dispuso entonces un batallón compuesto por cuatrocientos hombres.<sup>48</sup> Consta igualmente la expedición de un segundo batallón de voluntarios de Madrid, cuyos integrantes embarcaron en Cádiz mediado el mes de noviembre de 1869.<sup>49</sup> En idéntica fecha embarcaron en el puerto de Santander otros dos batallones para Cuba, con dos mil hombres. Y hubo, asimismo, un batallón de voluntarios de Asturias. En total, en los últimos meses de 1869 se organizaron en la península diez nuevos batallones de voluntarios. Por eso, y a pesar de su indudable especificidad, es decir, de su marcado simbolismo particularista, cabe insistir en que la empresa de los «tercios catalanes destinados a la isla de Cuba», impulsada por la Diputación de Barcelona, acabaría formando parte de una operación de mayor envergadura, de alcance peninsular. Embarcasen en Barcelona, en Bilbao, en Santander o en Cádiz, todos los «voluntarios» que marcharon a Cuba en 1869 acudieron allí para aplastar, codo a codo con los soldados de leva del Ejército español, la rebelión desencadenada en octubre de 1868, es decir, para defender la españolidad de la isla.

En total, el número de voluntarios catalanes que salieron en 1869 de Barcelona rumbo a Cuba fue de unos 3.600.<sup>50</sup> Esa cifra multiplicaba por siete el número de los 475 voluntarios embarcados nueve años antes para la guerra de África, lo que nos da una idea de la magnitud de la operación y justifica que

<sup>47</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de noviembre de 1869, p. 11.578; 20 de noviembre de 1869, p. 11.583; 14 de noviembre de 1869, p. 11.375; 18 de noviembre de 1869, p. 11.502; 23 de noviembre de 1869, p. 11.167; 24 de noviembre de 1869, pp. 11.726 y 11.727; 24 de noviembre de 1869, p. 11.749; 25 de noviembre de 1869, p. 11.767; 26 de noviembre de 1869, p. 11.829; 28 de noviembre de 1869, p. 11.825; 29 de noviembre de 1869, p. 11.925. Los expedientes personales de quienes integraron las 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> compañías del Segundo Batallón de Voluntarios catalanes se conservan en ADB, legajo 1.853.

<sup>48</sup> Óscar Álvarez Gila y José M. Tapiz Fernández, «Propaganda»..., p. 337.

<sup>49</sup> *Diario de Barcelona*, 19 de noviembre de 1869, p. 11.578.

<sup>50</sup> Esa cifra fue aportada en 1894 por uno de los voluntarios que sobrevivió a la guerra, Pelegrín Ros, presidente entonces de La Unión, Sociedad de Socorros Mutuos Voluntarios Catalanes Expedicionarios a Cuba, cfr. ADB, legajo 560, exp. 2. También la recoge y da por buena José J. Moreno Masó, *La petjada...*, p. 70. El cónsul estadounidense de Barcelona, por el contrario, habla de 3.278 voluntarios alistados en Barcelona (incluyendo los aproximadamente 200 Tiradores de Madrid), cfr. USNA, *Consulate (Barcelona), Despatches from U.S. Consuls in Barcelona, Spain*, 10 de diciembre de 1869.

autores como Borja de Riquer hayan destacado el «gran éxito de la iniciativa» de los Voluntarios Catalanes de Cuba.<sup>51</sup> Por ese motivo, dicha iniciativa no debe interpretarse solamente en virtud de su dimensión o de sus implicaciones simbólicas, sino fundamentalmente por su contribución a incrementar los efectivos del Ejército español desplazado a la gran Antilla. De hecho, el contingente de los voluntarios catalanes de 1869 triplicó el número de jóvenes que correspondía enviar a la isla por los municipios de la provincia de Barcelona en la quinta de ese año (1.164 soldados) y sumaba el equivalente al 15% de los jóvenes quintados en el conjunto de España. Es más, los 3.600 voluntarios alistados en Barcelona representaron el 10,4% del total de efectivos militares que se enviaron desde la península, entre noviembre de 1868 y diciembre de 1869, para sofocar la rebelión cubana.<sup>52</sup>

#### JUEGO DE INTERESES, INTERESES EN JUEGO

Más allá de la escenografía y de la simbología utilizadas, así como de la retórica oficial, la operación de los Voluntarios catalanes para Cuba obedecía fundamentalmente a una prosaica realidad, la defensa de unos intereses materiales concretos. Lo resumió muy bien el conservador Mañé i Flaquer en su sucinta pero contundente defensa de la iniciativa:

Los buenos deseos no suplen los soldados ni llenan las vacías arcas del Tesoro Público. Los que quieran salvar a Cuba, los que quieran conservar a nuestra agricultura, a nuestra industria, a nuestro comercio y a nuestra marina mercante el principal sino el único mercado que hoy le queda, han de estar dispuestos a ofrecer al gobierno no estériles votos ni afeminadas lamentaciones, sino auxilios positivos en hombres y dinero.<sup>53</sup>

Lo que no decía Mañé, aunque quizá pensaba, es que en esa batalla por derrotar a los independentistas cubanos a unos les correspondía poner en riesgo su vida (los hombres), mientras que otros podían limitarse a aportar numerario (el dinero) y cartas de presentación.

Los argumentos de Mañé coincidían con los que la propia Diputación de Barcelona había utilizado para justificar las razones que le habían impulsado a acoger una iniciativa promovida por «las principales casas y familias de Barcelona». Decía la corporación provincial que no quería incurrir en una «falta de protección a los *sagrados intereses* de sus administrados». Unos administrados

<sup>51</sup> Borja de Riquer, «La Diputació revolucionària»..., p. 208.

<sup>52</sup> La cifra de 34.500 soldados, oficiales y voluntarios embarcados para Cuba la ofrece el cónsul norteamericano de Barcelona en un despacho de 10 de diciembre de 1869, cfr. USNA, *Consulate (Barcelona), Despatches from U.S. Consuls in Barcelona, Spain*, 10 de diciembre de 1869.

<sup>53</sup> *Diario de Barcelona*, 18 de febrero de 1869, pp. 1.539-1.540.

que se habían dirigido, precisamente, a la Diputación «al considerar comprometidos los grandes intereses de este país».<sup>54</sup> Igualmente, el llamamiento público que la corporación provincial hiciera para animar el alistamiento de los jóvenes catalanes destacaba «la trascendencia de la pérdida [de la isla] (...) para el sostenimiento de nuestro comercio, industria y agricultura». Y, dando otra vuelta de tuerca, el diputado provincial Narciso Gay hablaba, por su parte, de «salvar [no sólo] vidas» sino también las «haciendas de españoles, de catalanes, de hermanos nuestros» en Cuba. En la misma línea, aunque de forma más explícita, un colaborador de la prensa conservadora de la ciudad consignaba que se trataba fundamentalmente de salvar «las vidas y las fortunas de ciento treinta mil peninsulares» establecidos en la isla, «fortunas levantadas por la laboriosa constancia de diez generaciones», así como salvaguardar «los infinitos intereses de la península que dependen de [la] conservación» de Cuba; en caso contrario auguraba «la ruina para una parte de nuestra industria, de nuestro comercio [y] de nuestra marina mercante».<sup>55</sup> Esos mismos argumentos fueron poco después retomados y sistematizados por el influyente industrial y político catalán, Juan Güell, en una monografía dedicada al análisis de la rebelión en Cuba.<sup>56</sup>

De hecho, las autoridades militares de Cuba destinaron, efectivamente, a los Voluntarios catalanes a defender las propiedades de diferentes hacendados en la isla. Así lo revela el Diario de Operaciones del Primer Batallón de Voluntarios enviado desde Barcelona en marzo de 1869. Tras pasar por La Habana y desembarcar en el puerto de Nuevitas, la mitad de los hombres de ese Primer Batallón «pernoctó el 28 de abril en el Ingenio de la Juanita», mientras que la otra mitad «pernoctó el 30 de abril en el Ingenio San José». Desde allí unos y otros se dedicaron a proteger otras plantaciones de caña de la región de Las Tunas, como los ingenios San Antonio, Buena Vista, Callejas y Monte Oscuro.<sup>57</sup> Defendiendo, precisamente, esa última finca fue cuando un grupo del Tercio de Cazadores de Barcelona encontró su bautismo de fuego en la isla, en agosto de 1869. El *Diario de Barcelona* informó, meses después, de esa batalla, afirmando de forma poco verosímil que «según los Diarios de la Habana» la acción había recordado «la memorable batalla del 4 de febrero [de 1860] en Tetuán». En su breve nota el periódico conservador omitió, sin embargo, que dicha batalla se saldó con veinte muertos y nueve heridos graves en las filas catalanas.<sup>58</sup>

<sup>54</sup> ADB, legajo 3.543, exp. 3.

<sup>55</sup> *Diario de Barcelona*, 18 de febrero de 1869, pp. 1.539-1.540; 19 de febrero de 1869, p. 1.585; 24 de febrero de 1869, pp. 1.741-1.743; 25 de marzo de 1869, p. 2.890.

<sup>56</sup> Juan Güell y Ferrer, *Rebelión cubana*, Barcelona, 1871.

<sup>57</sup> ADB, legajo 3.543, exp. 2.

<sup>58</sup> *Diario de Barcelona*, 24 de noviembre de 1869, p. 11.727; 25 de noviembre de 1869, p. 11.797. El «croquis del ingenio llamado Monte Oscuro» que afirmaba haber visto el redactor del periódico, junto con la relación nominal de las bajas, obra del capitán del Batallón Leandro Ruiz de Arévalo, se conserva en ADB, legajo 3.543, exp. 2. Allí se encuentra

La organización de los tres batallones de Voluntarios catalanes había corrido a cargo de la Diputación de Barcelona, pero su financiación se había materializado mediante aportaciones particulares. De hecho, la iniciativa de formar el Primer Batallón no había salido, en realidad, de la institución provincial, sino de «una solicitud suscrita, entre otros, por numerosos representantes de las principales casas de comercio» de la ciudad, mientras que el Segundo y el Tercer Batallón pudieron materializarse «nuevamente gracias a la ayuda económica de importantes hombres de negocio con intereses en Cuba».<sup>59</sup> El proceso en otros puntos de la geografía peninsular no fue muy diferente. En el caso de Bilbao, por ejemplo, el impulso a los Tercios Vascongados nació de la Junta de Comercio de la ciudad, la cual «excitada a su vez por la [junta homónima] de Santander –la primera de su carácter en lanzar una proclama pública a favor de la defensa de Cuba– promovió durante los meses de diciembre de 1868 y enero y febrero de 1869» reuniones con la Diputación de Vizcaya para que ésta secundase sus iniciativas. Hablaban los comerciantes vizcaínos en términos casi idénticos a los que utilizaban los hombres de negocios de Barcelona, justificando la organización de un batallón de voluntarios como parte de un juego de intereses: «Vizcaya –decía la Junta de Comercio de Bilbao–, que tantos hijos tiene en Cuba y que tan interesada se halla en su párvenir», debe contribuir a «los auxilios de la madre patria» en «aquella rica Antilla».<sup>60</sup>

Al analizar la implicación de la sociedad civil, así como de las autoridades catalanas en la empresa de los Voluntarios de Cuba, es preciso señalar la importante presencia de individuos enriquecidos en la isla aunque residentes en Barcelona. De hecho, entre los particulares que impulsaron y firmaron la primera instancia que exhortaba a la diputación a intervenir en defensa de la españolidad de Cuba estaban numerosos indianos.<sup>61</sup> Algunos de ellos (como Antonio López, José Canela, José Amell, José Munné o José Antonio Salom, entre otros) se incorporaron a alguna de las dos «comisiones de particulares» (la de Enganche y la de Suscripción), nombradas poco después por la Diputación de Barcelona para asegurar el éxito de la operación de los Voluntarios.<sup>62</sup> Pero no

también la relación de los 73 muertos registrados en las filas de ese primer Batallón de los Cazadores Catalanes, antes de su bautismo de fuego; la mayoría de las bajas se debieron al efecto de las fiebres, el cólera o la disentería.

<sup>59</sup> Maricíó Janué i Miret, *Polítics en temps...* Para las citas, cfr. pp. 129 y 132. El énfasis en la cita es mío.

<sup>60</sup> Óscar Álvarez Gila y José M. Tápiz Fernández, «Propaganda y actitudes...», para las citas cf. pp. 331-332. El énfasis en la cita es mío.

<sup>61</sup> ADB, legajo 3.543, exp. 3. Entre los indianos presentes, y sus empresas, cabe señalar a José Canela Reventós (Canela y Cía), Antonio López (A. López y Cía), José Amell Bou, Vidal Quadras Hermanos, Jaime Taulina (Hijos de Taulina), José Antonio Salom, José Clot Baradat (Clot Hermanos), Santiago García Pinillos, José Munné, Pedro Sallés, Cayetano Casamitjana, José P. Taltavull, Manuel y Miguel Roig Estalella (Hijos de Roig y Rom) y José Osvaldo Amell Robert, todos enriquecidos previamente en Cuba.

<sup>62</sup> *Ibid.*

sólo encontramos indios entre los particulares que lanzaron dicho envite a la institución provincial. También entre los diferentes diputados provinciales que se encargaron de la organización de los tres batallones para la mayor de las Antillas se encontraban algunos individuos vinculados directamente a Cuba. Dos de ellos, sin ir más lejos, habían nacido en La Habana. Me refiero a los «propietarios» José de Jesús Puig y Pedro Collaso Gil, incorporados a la institución el 2 de octubre de 1868 merced a su designación por la Junta Revolucionaria de la capital catalana.<sup>63</sup> Un tercer diputado, el «comerciante» Antonio Ferratges de Mesa, futuro primer marqués de Montroig, había nacido en Santiago de Cuba, ciudad donde su padre había hecho la fortuna que permitió a la familia asentarse y vivir con holgura en Barcelona.<sup>64</sup> Y otros dos diputados provinciales habían acumulado su fortuna en la isla, donde habían residido largo tiempo: el «capitalista» Antonio Samá Urgellés, futuro primer marqués de Casa Samá, y el «comerciante» Francisco Jaurés Gualba, vecino de Matanzas.<sup>65</sup> Este último presentó su dimisión como miembro de la Diputación de Barcelona en enero de 1870. Su decisión tuvo que ver, precisamente, con su regreso a Cuba. No en vano, meses después Jaurés dejó también su puesto como vocal en el Consejo de Administración del Crédito Mercantil, habida cuenta de que «traslada[ba] su residencia a Ultramar».<sup>66</sup>

Para todos aquellos indios que mantenían intereses y propiedades en Cuba, la insurrección, en sí misma, era un verdadero problema. Máxime si tenemos en cuenta que los mambises habían optado por una estrategia militar basada en

<sup>63</sup> Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona (AHPB), Luis Gonzaga Pallós, Manual de 1852, 7 de abril de 1852; Magín Soler Gelada, Manuales de 1860, 3.<sup>a</sup> parte, 24 de octubre de 1860. Un hermano de Pedro Collaso, Juan Collaso Gil, se dedicaba entre otros menesteres a administrar las fincas urbanas que muchos catalanes mantenían en Cuba, cfr. AHPB, José Manuel Planas Compte, Manual de 1839 y 1840, 8 de febrero de 1839, fols. 16-17.

<sup>64</sup> AHPB, Fernando Ferran, Manuales de 1865, 3.<sup>a</sup> parte, 28 de junio de 1865, fols. 1645-169. Vinculado desde su época de estudiante de derecho al Partido progresista, Ferratges proponía una política conciliadora con los criollos cubanos, mal recibida por los círculos catalanes más intransigentes, véase Albert García Balañà, «Tradició liberal...».

<sup>65</sup> La composición de la primera Diputación «revolucionaria», en Borja de Riquer, «La Diputació revolucionària...», p. 199. Este autor recoge, en lo que deben de ser sendos errores tipográficos o de transcripción, el apellido «Juarez» en lugar de Jaurés, y habla de «José Samá» en vez de Antonio Samá. La caracterización de Antonio Samá Urgellés como indio enriquecido en Cuba en Ángel Bahamonde y José Cayuela, *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1992; sobre la familia Samá, Albert Virilla i Roda, *L'aventura ultramarina de la gent de Vilanova i la nissaga dels Samà*, Vilafranca del Penedès, Museo de Vilafranca, 1990, y Martín Rodrigo y Alharilla, «Con un pie en Catalunya y otro en Cuba. La familia Samá, de Vilanova», *Estudis històrics i documents dels arxius de protocols*, XVI, 1998, pp. 359-397; unas notas biográficas de Francisco Jaurés en Martín Rodrigo y Alharilla, *Indians a Catalunya. Capitals cubans en l'economia catalana*, Barcelona, Fundació Noguera, 2007, pp. 68-69.

<sup>66</sup> Sociedad de Crédito Mercantil: *Memoria leída en la Junta General de accionistas de marzo de 1871*.

parte en la quema de cañaverales y de almacenes de azúcar para intentar ahogar la economía insular. De hecho, en apenas seis meses (entre julio y diciembre de 1869), y sólo en la jurisdicción de Cienfuegos, el fuego mambí destruyó «34 ingenios, 16 grandes potreros y 19 de las fincas más grandes de [la] región».<sup>67</sup> Algunos de quienes vivían en Barcelona de las rentas que les producían sus propiedades en la isla sufrieron notable y directamente los efectos de la guerra. En marzo de 1872, por ejemplo, José Ramón de Villalón y su esposa Juana de Mata Hechavarriá constataban amargamente en su común testamento, otorgado en la capital catalana, «las enormes pérdidas que hemos tenido en nuestro país con motivo de la insurrección que lo arrasa», y añadían: «no contamos con cosa alguna de las que, como despojos de lo que tuvimos, hemos dejado allí (...) [entre ellas] un ingenio de fabricar azúcar que allí existió e incendiaron los insurrectos, nombrado Santa Cruz del Juncal».<sup>68</sup> Su caso no fue único. Otras familias, residentes asimismo en Barcelona, sufrieron igualmente los efectos de la tea incendiaria. Agustín Goytisolo, por ejemplo, escribía desde Cienfuegos a su mujer, vecina de la capital catalana, dándole cuenta de unas pérdidas que cifraba en unas doscientas mil pesetas. Le decía: «Los insurrectos (...) a mí me quemaron los dos muelles del [ingenio] Simpatía, en uno de los cuales se había puesto el alambique y el almacén del Lechuzo [o ingenio Lequeitio] con unos 150 bocoyes [de] azúcar dentro y el material completo para 200 bocoyes envases [sic]».<sup>69</sup> No sólo la correspondencia entre particulares permitía conocer en Barcelona la marcha de la guerra; la propia prensa de la ciudad publicaba con cierta frecuencia datos sobre la destrucción material causada por la rebelión. En consecuencia, cualquier esfuerzo era poco para intentar acabar con la guerra. Y el envío desde la península de más y más soldados a los campos de batalla cubanos (aunque fuese bajo la fórmula eufemística de unos «batallones de voluntarios») se convirtió en una fórmula relativamente fácil y cómoda.

Los mismos indios que habían hecho realidad en 1869 el embarque de los voluntarios a Cuba participaron dos años después en la constitución del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona.<sup>70</sup> Un primer intento (fallido) para constituir en la capital catalana un centro o casino «para defender la integridad

<sup>67</sup> Dirección Política de las FAR (1971), p. 206. El 5 de octubre de 1869 el ejército rebelde señaló la urgencia de destruir, precisamente, un total de veintidós ingenios de la zona de Las Villas. En la lista figuraba el ingenio Santa Marta, propiedad del catalán Pablo Luis Ribalta, cfr. *El Sagua*, 89, 7 de noviembre de 1869, p. 2.

<sup>68</sup> AHPB, Fernando Ferran, Manuales de 1872, 1.<sup>a</sup> parte, 1 de marzo de 1872, fols. 242-248.

<sup>69</sup> Fundación Luis Goytisolo, Fondo Agustín Goytisolo Lezarzaburu, caja 97, exp. 27, carta de Agustín Goytisolo (Cienfuegos) a su mujer, Estanislaoa Digat (Barcelona), de 21 de enero de 1876.

<sup>70</sup> Un excelente análisis sobre el proceso que condujo a la creación del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona, en Jordi Maluquer de Motes, «La burgesía catalana i l'esclavitud colonial: modes de producció i pràctica política», *Recerques*, 3, 1973, pp. 83-133.

nacional con respecto a Cuba» había surgido en agosto de 1871 a iniciativa del indiano José Canela Reventós, quien había regresado de Cuba diez años antes para convertirse en gerente de una de las principales casas de comercio de Barcelona.<sup>71</sup> No obstante, el movimiento de los Centros o Círculos Hispanos Ultramarinos nació en diciembre de 1871 en Madrid, a iniciativa del también indiano marqués de Manzanedo. Se trataba de crear una organización reticular, presente a lo largo y ancho de la geografía peninsular, que presionase a las autoridades españolas a favor del mantenimiento del *status quo* colonial, a la par que ayudase a sofocar la rebelión cubana iniciada tres años antes.

La primera Junta Directiva del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona recogió a los indios, enriquecidos en Cuba, más influyentes de la ciudad, empezando por su presidente, el industrial Juan Güell Ferrer, y su vicepresidente, el naviero Antonio López, para continuar con José Canela, José Amell Bou (quien era entonces, además, presidente de la Junta de Obras del Puerto de Barcelona), José Antonio Salom, José Telarroja, Francisco Gumá, José Munné, José Rafecas Ferrer, Isidro Gassol y el riquísimo Tomás Ribalta. A éstos se sumaron el diputado Sebastián Plaja Vidal (enriquecido en Puerto Rico) y el comerciante Salvador Vidal Cibils, enriquecido en Chile, entre otros. También se incorporaron otros individuos provenientes de la política y el derecho. Unos y otros consiguieron que el Círculo Hispano Ultramarino de la capital catalana mostrase una gran capacidad para movilizar a amplios sectores de la burguesía de la ciudad: al remitir, en diciembre de 1872, una carta al presidente del Consejo de Ministros en la que rechazaban el proyecto de reformas para Puerto Rico (que incluía la abolición de la esclavitud), acompañaron su petición con un total de sesenta hojas repletas de firmas de innumerables empresas catalanas. Además, entre las entidades que aceptaron expresamente sus planteamientos estaban el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (representante de los grandes propietarios agrarios), el Fomento de la Producción Nacional (representante de los intereses textiles, básicamente algodoneros) y el Instituto Industrial de Cataluña.<sup>72</sup>

Correspondió, precisamente, al Círculo Hispano Ultramarino acoger e impulsar la creación de la Liga Nacional, una organización que se constituyó, de hecho, como un instrumento para desestabilizar la vida política del país.<sup>73</sup> La Liga Nacional no fue otra cosa que un amplísimo frente antiguovernmental, integrador de todas las opciones conservadoras, organizado a resultas de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Cabe destacar que, significativamente, su primer presidente en Barcelona, el indiano José Antonio Salom, presidía entonces también el Círculo Hispano Ultramarino de la ciudad. Si bien la in-

<sup>71</sup> Sobre esta iniciativa da cuenta Miquel Izard, *Manufactureros, industriales, revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 174.

<sup>72</sup> Archivo Histórico Nacional, *Ultramar*, legajo 3.554.

<sup>73</sup> Borja de Riquer, «El conservadorismo político catalán: del fracas del moderantismo al desencís de la Restauración», *Recerques*, 11, 1981, pp. 29-80.

mediata abdicación de Amadeo I y la proclamación de la Primera República, en febrero de 1873, significaron a corto plazo el fin de la Liga Nacional, a medio plazo ambos acontecimientos aceleraron la restauración del orden conservador. En Cataluña el hombre clave en ese proceso fue Manuel Duran y Bas, abogado precisamente del Círculo Hispano Ultramarino. De hecho, impulsada con el sello personal de Duran, la peculiar forma que tomó desde entonces la articulación de los intereses dinásticos en Cataluña supo acoplar no sólo los intereses de la sociedad civil organizada sino, especialmente, la idiosincrasia del Círculo Hispano Ultramarino. La Liga del Orden Social, principal plataforma alfoncina de Cataluña, integraba a los conservadores agrupándolos corporativamente (comerciantes, industriales, abogados, propietarios urbanos...). Esta estructura dio cabida, como una agrupación más, a los «Hacendados de Ultramar», recogiendo las adhesiones de los indios que, paralelamente, apostaban por el Círculo Hispano Ultramarino y su defensa del *status quo* colonial. No en vano, la carta remitida por Manuel Duran y Bas a la defenestrada Isabel II felicitándole por la coronación de su hijo Alfonso XII la firmaba también el presidente del Círculo Hispano Ultramarino de la capital catalana.

Un «liberal catalanista» como Joan Garriga Massó (hijo del que fuera Secretario de la Junta Revolucionaria de Barcelona, ep' 1868) afirmaba incluso que el golpe de Arsenio Martínez Campos en Sagunto sólo fue posible merced al apoyo financiero prestado desde Cataluña por un indiano como Antonio López o por el yerno de éste, Eusebio Güell.<sup>74</sup> Sea como fuere, la Restauración de los Borbones en la jefatura del Estado español fue posible a partir de un proceso policéntrico en el que la burguesía catalana tuvo un papel relevante.<sup>75</sup> Un proceso, por lo demás, en el que se puede apreciar igualmente su nítido trasfondo cubano.<sup>76</sup> En el caso catalán, la composición de la Diputación de Barcelona tras la restauración monárquica revela con claridad no sólo la adscripción de ese núcleo de hombres de negocios organizado en torno al Círculo Hispano Ultramarino a la causa alfoncina y al conservadurismo liderado por Cánovas del Castillo, sino también su peso en el conjunto de las fuerzas conservadoras locales.<sup>77</sup> Pronto el político malagueño sabría agradecer el sustancial apoyo de

<sup>74</sup> Joan Garriga, *Memòries d'un liberal catalanista*, Barcelona, Ed. 62, 1987, p. 53.

<sup>75</sup> No es posible aceptar, por limitadas, algunas interpretaciones que reducen la Restauración a un proceso esencialmente valenciano, cfr. José A. Piqueras Arenas, *Cuestión social, colonialismo...*, quien afirma que «la Restauración, objetivo en el que está interesada la burguesía española, es el resultado de la acción específica de una fracción de aquella, la valenciana», p. 21.

<sup>76</sup> Manuel Espadas Burgos, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1975.

<sup>77</sup> A partir de 1875, el presidente de la Diputación no fue otro que Melchor Ferrer Bruguera, vocal del Círculo Hispano Ultramarino, mientras que el presidente del Círculo, José Antonio Salom, fue su nuevo vicepresidente. Entre los diputados se encontraban los indios Antonio López y José Canela así como el industrial José Ferrer Vidal (estos dos últimos

esos conservadores catalanes a su proyecto político. Y Cuba y Filipinas fueron, precisamente, los escenarios de dicha recompensa.

#### BARCELONA EN EL CENTRO DEL NEGOCIO COLONIAL (I): EL BANCO HISPANO COLONIAL

Uno de los principales problemas que debió afrontar Cánovas del Castillo tras tomar el poder, en 1875, fue terminar con la guerra en Cuba. Para ello, el político malagueño acabó aceptando las propuestas de los sectores más intransigentes de la isla y de la península, los cuales solicitaban un aumento notable en los efectivos del Ejército español desplazados a Cuba. Así, en apenas tres meses (entre septiembre y diciembre de 1875) se envió a la isla a veintidós mil militares españoles; a los que cabe sumar los veintidós mil militares más que se mandaron en el mismo período del año siguiente.<sup>78</sup> Unos militares, por cierto, que llegaron a Cuba en los vapores de una empresa domiciliada en Barcelona, la firma A. López y Cía., la misma naviera que había llevado a la isla a los Voluntarios catalanes, en 1869, y que llevaría prácticamente a todos los militares desplazados a la isla mientras duró la Guerra de los Diez Años, primero, y la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1895-1898, después.

La estrategia militar adoptada por los primeros gobiernos de la Restauración comportó notables implicaciones presupuestarias para un Estado, el español, cuya Hacienda seguía sufriendo un déficit crónico, característico de la etapa liberal, y que tampoco podía contar con los ingresos de la exhausta e igualmente deficitaria hacienda cubana.<sup>79</sup> El Gobierno de Cánovas entendió que la única solución al problema debía venir de un empréstito concertado con empresas y particulares españoles de ambos lados del Atlántico. Con tal fin se dirigió a un empresario catalán, el naviero Antonio López y López, quien transformó dicha operación de préstamo en una nueva y potente entidad financiera, a la que bautizó con un nombre harto significativo, Banco Hispano Colonial.<sup>80</sup>

integrarían, poco después, el Comité Conservador-Liberal de Barcelona) y el naviero Juan Jover Serra, todos ellos dirigentes del Círculo Hispano Ultramarino de la capital catalana. También el indiano Francisco Jaurés, que había regresado el año anterior de Cuba, se incorporó en enero de 1875 como diputado provincial, mientras que Antonio Samá Urgellés volvió a repetir entonces en su cargo. Además, en mayo de 1877 se incorporó como secretario de la corporación Eusebio Güell, hijo del difunto Juan Güell, primer presidente del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona. Todos ellos, por supuesto, se situaron en el seno de la mayoría conservadora.

<sup>78</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, *Los marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López*, Madrid, LID Editorial Empresaria, 2000, p. 80.

<sup>79</sup> Inés Roldán de Montaud, *La Hacienda en Cuba durante la Guerra de los Diez Años (1868-1880)*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1990.

<sup>80</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, «El Banco Hispano-Colonial y Cuba (1876-1898)», *Iberoamericana Pragensia. Anuario del Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Carolina de Praga*, XXXII, 1998, pp. 111-128.

El rico indiano Antonio López, quien fuera primer vicepresidente del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona, actuó como un perfecto catalizador que supo implicar en la operación a hombres de negocio residentes tanto en La Habana como en Madrid y, por supuesto, en Barcelona. Aunque el Gobierno quiso dar a la operación un cierto barniz legal, publicando en la *Gaceta* un concurso público para el 30 de agosto de 1876, lo cierto es que antes de esa fecha la suerte estaba claramente echada. López y sus socios habían firmado semanas antes con el Gobierno un convenio provisional, exactamente el 5 de agosto, y justo un día después de que tuviese lugar en Madrid la apertura de plicas, ya se había recaudado en La Habana la tercera parte que correspondía aportar a empresas y particulares de la isla. El centro de la operación, no obstante, radicaba en Barcelona: en la capital catalana se estableció el domicilio social del nuevo Banco, y de los 29 miembros de su Consejo de Administración 19 residían en ella. Es más, 8 de los fundadores del Hispano Colonial lo habían sido también del Círculo Hispano Ultramarino de Barcelona (los indianos enriquecidos en Cuba José Canela, José Muné, Francisco Gumá y el propio Antonio López, además de Nonito Plandolit, nacido en México, José María Serra, natural de Santiago de Chile, José Ferrer Vidal, casado con una cubana, y el naviero Juan Jover Serra). A ellos se les sumarían, en el primer Consejo de Administración, otros indianos cubanos como el menorquín José Pedro Taltavull García (enriquecido en Cienfuegos) o Rafael Ferrer Vidal (enriquecido en Matanzas). Y entre el resto de accionistas del Hispano Colonial se encuentran asimismo indianos enriquecidos en Cuba aunque residentes en Barcelona, como Dominga Juera, Antonio Leal da Rosa o José Vilanova Masó.

López y el resto de fundadores del Hispano Colonial arrancaron del Gobierno de Cánovas unas condiciones muy ventajosas para la reproducción de sus capitales, a saber: un elevado tipo de interés, del 12%, la recaudación de las aduanas de Cuba como garantía de cobro y la participación del Banco como nuevo gestor de estos derechos; en caso de que, debido a la gestión del Hispano Colonial, los ingresos de la renta de aduanas insular aumentasen, sus accionistas recibirían el 50% de dicho plusproducto, además de la remuneración del empréstito vía intereses. La denominada Ley de Garantía Eventual de la Nación, aprobada por el Congreso español en enero de 1877, hipotecó, además, el patrimonio del Estado como garantía última de los accionistas, y, por último, las acciones del Banco Hispano Colonial se equipararon a los demás efectos del Estado.<sup>81</sup> Con estas condiciones no deben resultar extrañas las extraordinarias ganancias obtenidas por dicho banco. En sus cuatro primeros ejercicios, por ejemplo, es decir entre noviembre de 1876 y octubre de 1880, el Hispano Colonial pudo repartir entre sus accionistas dividendos superiores a los 62 millones de pesetas, lo que equivalía al 60% del valor nominal de los títulos de la entidad, es decir, de la inversión inicial de sus accionistas fundadores.

<sup>81</sup> Ibid.

Una vez acabada la Guerra de los Diez Años, el Gobierno español quiso renegociar un contrato cuyos términos eran notablemente ventajosos para el banco. Antonio López, su presidente, y el resto de miembros de su Consejo de Administración forzaron dicha negociación hasta conseguir unas condiciones igualmente favorables a sus intereses. El Gobierno emitiría unos nuevos títulos de deuda pública, los Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba (popularmente conocidos como *cubas*) para devolver el principal del préstamo al banco. El Hispano Colonial, no obstante, sería el encargado de la primera emisión de esos nuevos títulos, en 1880 (y de las sucesivas emisiones de 1886 y 1890), y seguiría encargándose de la gestión de las aduanas para garantizar el pago de los intereses. A cambio, ampliaría su objeto social dejando de ser el mero gestor de un empréstito al Estado para convertirse en un verdadero banco de negocios, con domicilio en la capital catalana.<sup>82</sup> De todas formas, a partir de 1880, es decir, tras la primera emisión de los Billetes Hipotecarios del Tesoro de Cuba, y hasta 1897, el Hispano Colonial obtuvo unos beneficios netos de 76.467.976 pesetas. El 10% de esta cantidad se dedicó a remunerar a los miembros del reducido Consejo de Administración del banco, mientras que el 90% restante sirvió para el pago de unos dividendos que en esos diecisiete ejercicios sociales se situaron, por término medio, en un 6,1% del valor nominal de las acciones. Más aún, esas acciones cotizaron siempre con premio, de manera que aquellos accionistas-fundadores que optaron por desprenderse de ellas pudieron hacerlo obteniendo beneficios.

Amén de los accionistas del Hispano Colonial, también los tenedores de los célebres *cubas* (fuese el propio banco emisor, las otras entidades financieras vinculadas a su grupo empresarial, como el Banco de Castilla o el Crédito Mobiliario Español, o multitud de particulares) se beneficiaron cómodamente de los ingresos de la renta de aduanas de la isla. Es más, entre 1888 y 1895, la cotización de los *cubas* estuvo siempre por encima de su valor nominal. Algo realmente insólito si lo comparamos con el escaso crédito que merecían entonces los títulos de la deuda española, los cuales cotizaron, en el mismo período, bajo par. Respecto a la emisión de *cubas* de 1890, por ejemplo, el *Diario de Barcelona* recogía «el éxito que obtuvo el Empréstito de Cuba, cubierto exclusivamente sólo en España más de tres veces».<sup>83</sup> Y el mismo día del inicio de la nueva Guerra en la gran Antilla, el 24 de febrero de 1895, consignaba cómo los *cubas* de 1886 cotizaban en la capital catalana a 109,9 (con casi un 10% premio), añadiendo que en esa fecha todavía «eran, con mucho, los efectos públicos más solicitados, seguros y de mayor cotización en la plaza de Barcelona».<sup>84</sup>

<sup>82</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, *Los marqueses de Comillas...*, pp. 96-118.

<sup>83</sup> Almanaque del *Diario de Barcelona* para el año 1892, p. 82.

<sup>84</sup> *Diario de Barcelona*, 24 de febrero de 1895, p. 2.497.

Mientras tanto, la necesidad de dedicar los ingresos fiscales de Cuba (y singularmente la renta de aduanas de la isla) al pago de los intereses de unos títulos gestionados por el Banco Hispano Colonial impedia no sólo el establecimiento de cualquier tipo de política en la gran Antilla sino, incluso, el pago de las obligaciones ordinarias de la Administración colonial como el sueldo a los funcionarios. Como denunciaba el vicepresidente del partido cubano de la Unión Constitucional, Vicente Galarza, en 1885, o sea, en plena crisis económica insular derivada del descenso de los precios del azúcar en los mercados internacionales,

cerrará el actual presupuesto con un déficit de quince millones de deuda flotante (...) y con un atraso de cinco meses en el personal y de siete o más en el material y otras obligaciones: en semejante estado del Tesoro ¿es posible pagar un centavo de intereses y de amortización de ninguna Deuda? Póngase a la Hacienda de Cuba en condiciones normales y viables para pagar su Deuda en mejores años, pero no se engañe con un presupuesto ficticio y no se tenga sin pagar al Ejército, a la Marina, a la Administración toda.<sup>85</sup>

En los años siguientes, lejos de mejorar, la situación que denunciaba Galarza acabó enquistándose. El *Diario del Ejército*, editado en La Habana, publicó en 1894, meses antes del estallido de la nueva guerra en la isla, una nota titulada «¿Quién es el colonial?», en la que el anónimo redactor se quejaba del omnímodo poder del banco catalán y de la opacidad de sus negocios con las aduanas insulares, haciéndole responsable de la imposibilidad de llevar adelante política alguna en Cuba. Dcía:

Se sabe que el Banco [Hispano] Colonial existe porque a él se le pagan cantidades considerables que hacen difícil, ya que no imposible, el desenvolvimiento del presupuesto, que se le adeuda mucho y como la cantidad se anuncia con la cifra indeterminada de inmensa, se llega hasta despreocuparse de estudiar el asunto, convencidos a priori de que nada se sacará en limpio (...). Es indispensable que se haga pública la situación del Banco [Hispano] Colonial a fin de que se sepa en primer término la ascendencia de la deuda, las cantidades pagadas y lo que le falta por pagar a esta isla.<sup>86</sup>

#### BARCELONA EN EL CENTRO DEL NEGOCIO COLONIAL (II): LA COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

En 1869, mientras la Diputación de Barcelona materializaba el envío de los tres Batallones de Voluntarios catalanes a la manigua cubana, nacía en Barce-

<sup>85</sup> Vicente Galarza, *En propia defensa. Contestación al general Polavieja por el conde de Galarza*, Barcelona, 1898.

<sup>86</sup> Archivo Nacional de Cuba, *Asuntos Políticos*, legajo 276, exp. 4.

lona una entidad patronal, el Fomento de la Producción Nacional. A las pocas semanas de su fundación, la nueva patronal hizo pública la preocupación mostrada por sectores del empresariado catalán por explorar y explotar nuevas fuentes de negocio en Filipinas, orientando sus peticiones sobre tres ejes concretos: el establecimiento de una línea regular de vapores entre la península y el archipiélago, la completa liberalización de la elaboración y comercialización del tabaco filipino y una política que favoreciese el incremento de las exportaciones españolas al archipiélago.<sup>87</sup>

Hubo que esperar a la Restauración para que las tres medidas solicitadas por la patronal catalana acabasen materializándose efectivamente: el establecimiento de una línea regular de vapores (en 1879), el desestanco del tabaco (decretado en 1881) y la creación de un nuevo marco arancelario (a partir de 1891).<sup>88</sup> Es más, sería el puerto de Barcelona (y no el de Cádiz, de donde partían los vapores hacia las Antillas) el punto de origen de la nueva línea oficial de vapores-correo con destino a Manila.<sup>89</sup> La principal preocupación de algunos sectores empresariales catalanes, no obstante, no se centraba tanto en la explotación de la línea oficial de vapores como en la voluntad de acabar con el centenario estanco del tabaco en el archipiélago filipino.

Precisamente, los problemas registrados a partir de la década de 1860 en la administración de la renta filipina de tabacos habían acabado con su suspensión de pagos, a mediados de 1874. Por ese motivo, el Ministerio de Ultramar creó en 1879 una comisión de notables encargada de analizar la situación del estanco filipino y de elevar al ministro de Ultramar propuestas concretas de reformas. Las presiones recibidas convirtieron, no obstante, los trabajos de una comisión nacida para estudiar la reforma del estanco en un grupo que acabó trabajando no tanto con el objetivo de mejorar dicha renta estancada como de acabar con ella. De entrada, como reconoció ante el Congreso de Diputados el propio ministro de Ultramar, Salvador Albacete, la Comisión había nacido a partir de «las proposiciones hechas por varias personas».<sup>90</sup> Pero, ¿quiénes eran esas personas? Hallar la respuesta no es fácil, pues en todo el proceso reinó una gran opacidad. Sabemos que unos meses después, en marzo de 1880, el diputado por Mayagüez (Puerto Rico), Luis Torres de Mendoza, denunciaba en el Parlamento la

<sup>87</sup> Miquel Izard, *Manufactureros...*, pp. 151-162.

<sup>88</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, «Intereses empresariales españoles en Filipinas. La reconquista económica del archipiélago durante la Restauración», en M.ª Dolores Elizalde (ed.), *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Madrid y Barcelona, CSIC-Casa Asia, 2002, pp. 207-220.

<sup>89</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, «La línea de vapores-correo España-Filipinas, 1879-1905», *Cuadernos de historia del Instituto Cervantes (Manila)*, 2-3, 1998, pp. 133-150.

<sup>90</sup> Diario de Sesiones de Cortes-Congreso (DSC), legislatura de 1879-1880, sesión de 24 de julio de 1879, pp. 847-849.

circunstancia, que es pública y [de la que] se han hecho cargo (...) los periódicos, de que hace un año o dos una sociedad de crédito bastante conocida ha[bía] enviado una comisión que está de regreso, compuesta de tres personas entendidas a Filipinas, para estudiar sobre el terreno el arriendo de dichos tabacos, añadiéndose que dicha sociedad gestiona este negocio cerca del gobierno.<sup>91</sup>

Y también sabemos que la lacónica respuesta que le dio a Torres el nuevo ministro de Ultramar, Cayetano Sánchez Bustillo, en sede parlamentaria, apenas aportaba nada nuevo, salvo, como recogía el *Diario de Barcelona*, «que hay una empresa que desea el arriendo de la actual renta» del tabaco en Filipinas.<sup>92</sup> Pero, ¿a qué empresa se referían?

A pesar de la opacidad del proceso y de la ausencia explícita de referencias, todo apunta a que tanto la privatización del estanco del tabaco como el nacimiento de la empresa que debía ocupar su lugar (Tabacos de Filipinas) se produjeron, precisamente, a instancias del catalán Banco Hispano Colonial. El propio Emili Giralt, en su monografía sobre la Compañía General de Tabacos de Filipinas, escrita por encargo de dicha empresa catalana con motivo del centenario de la misma, afirmaba que «teniendo en cuenta la proximidad al poder político de los grupos económicos que luego promoverían la creación de la Compañía, no deja de ser verosímil que el decreto de desestanco de 1881 fuese el resultado de una propuesta hecha por estos grupos al Ministerio de Ultramar».<sup>93</sup> De hecho, antes incluso de que se hiciera efectivo el desestanco del tabaco en el archipiélago (y de que se constituyese la firma Tabacos de Filipinas), un «rico propietario» residente en la isla de Luzón llamado Antonio Casal se había dedicado a comprar (a título particular, para cederlos después a la nueva empresa) un total de 10.125 hectáreas de terreno de buena calidad, situadas en zonas inundables, a ambos lados del río Grande de Cagayán. Así lo reconoció el primer presidente de Tabacos de Filipinas, el rico indiano Antonio López, presidente a su vez del Banco Hispano Colonial e impulsor años atrás del embarque de los voluntarios catalanes a Cuba.<sup>94</sup>

La privatización del estanco del tabaco en la colonia española benefició singularmente a los accionistas de la firma Tabacos de Filipinas, impulsada por el Banco Hispano Colonial y con domicilio en Barcelona. En sus dos primeros

<sup>91</sup> DSC, legislatura de 1879-1880, sesión de 31 de marzo de 1880, pp. 2.456-2.457, 2.461-2.462 y 2.494.

<sup>92</sup> *Diario de Barcelona*, 2 de abril de 1880, pp. 3.937-3.938.

<sup>93</sup> Emili Giralt, *La Compañía General de Tabacos de Filipinas, 1881-1891*, Barcelona, Compañía General de Tabacos de Filipinas, 1981.

<sup>94</sup> Arxiu Nacional de Catalunya, Fondo Compañía General de Tabacos de Filipinas, 1.01, caja 1, carta de Antonio López a Antonio Casal (Barcelona, 5 de enero de 1882): «he sabido los notables trabajos que ha realizado V. en pro de la nueva sociedad de que soy Presidente». La Compañía pudo hacerse con esas 10.000 hectáreas merced al *Reglamento para la composición de terrenos realengos detentados por particulares en las islas Filipinas*, aprobado mediante Real Orden en junio de 1880.

ejercicios sociales, 1882 y 1883, dicha empresa repartió dividendos del 7% anual. Y aunque no pudo hacer lo mismo en 1884 y 1885, a partir de 1886 (y hasta 1906, sin solución de continuidad), la Compañía General de Tabacos de Filipinas repartió entre sus accionistas una remuneración anual que osciló entre el 5 y el 9% del valor nominal de sus títulos. De hecho, en el lustro 1885-1889 los beneficios líquidos obtenidos por la firma tabacalera sumaron 6.468.230 pesetas, mientras que en los cinco años siguientes, entre 1890 y 1894, ascendieron a 10.351.768 pesetas. No cabe duda de que para los accionistas y consejeros de la firma catalana, el desestanco del tabaco en tierras filipinas se convirtió en una fuente de ganancias.<sup>95</sup>

Esos notables beneficios generados en tierras asiáticas y cubanas alimentaron, en el último cuarto del siglo XIX, las cuentas corrientes de los accionistas de la Compañía General de Tabacos de Filipinas y del Banco Hispano Colonial, muchos de ellos catalanes.<sup>96</sup> Este hecho puede ayudar a explicar el afán colonialista mostrado entonces por influyentes sectores del patriciado catalán, especialmente de Barcelona. Cabe señalar, no obstante, que esa apuesta colonialista no fue un rasgo exclusivo de la burguesía catalana. De hecho, la euforia colonialista española, patente claramente en Cataluña en el último tercio del siglo XIX, fue compartida por igual por patricios y plebeyos. Así sucedió en 1869, con motivo de la primera guerra de Cuba, y volvería a suceder en 1885 y en 1893, como analizaré a continuación.

#### DEL EMBARQUE DE LOS VOLUNTARIOS A LA GUERRA DE MELILLA, PASANDO POR LA CUESTIÓN DE LAS CAROLINAS: LA EUFORIA COLONIALISTA DE PATRICIOS Y PLEBEYOS

La despedida del Primer Batallón de Voluntarios a Cuba, el sábado 27 de marzo de 1869, fue un verdadero acto de masas:

El aspecto que en aquellos momentos presentaba el puerto no es para ser descrito –recogía la prensa conservadora–. Los muelles y andenes, lo propio que la muralla de mar y el terraplén de Atarazanas estaban cuajados de espectadores y era tanto el gentío, que llegó a invadir algunas embarcaciones que hay atracadas al indicado muelle Nuevo, sin que pudiesen impedirlo las tripulaciones de dichos buques.<sup>97</sup>

<sup>95</sup> Martín Rodrigo y Alharilla, «Del desestanco del tabaco a la puesta en marcha de la Compañía General de Tabacos de Filipinas», *Boletín Americanista*, 57, 2008, en prensa.

<sup>96</sup> Josep M. Delgado, «Bajo dos banderas (1881-1910). Sobre cómo sobrevivió la Compañía General de Tabacos de Filipinas al desastre de 1898», en Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas antes del 98*, Aranjuez, Doce Calles, 1996, pp. 293-304.

<sup>97</sup> *Diario de Barcelona*, 28 de marzo de 1869, pp. 2.995-2.996.

Alguien especialmente crítico con la empresa de los Voluntarios, el republicano y masón Conrad Roure, describiría la ceremonia de forma muy parecida. Según Roure, «el muelle y la muralla de Mar presentaban un aspecto animadísimo. El puerto se hallaba lleno de lanchas tripuladas por los deudos y amigos de los que partían, que iban a despedirlos hasta los costados del buque». Roure habla también de «gritos entusiastas» y concluye su relato diciendo que «mientras se vislumbró en el horizonte la silueta del buque, buena parte del público permaneció en el muelle, ondeando al aire sus pañuelos».<sup>98</sup> Otro observador de la ceremonia, el progresista Miguel Elías, narraba la ceremonia del embarque, en una epístola dirigida a Víctor Balaguer, en términos similares:

Explicarte lo que ha sucedido al arrancar el vapor –le decía– es imposible; miles de pañuelos al aire, los Voluntarios todos saludando con sus gorros encarnados y la música tocando el himno de Prim y todo el mundo dando vivas a España, a la Libertad, a los Voluntarios y qué sé yo que más. En fin, chico –concluía–, era un espectáculo hermosísimo.<sup>99</sup>

A partir de demostraciones tales, el recuerdo de los Voluntarios catalanes pudo perdurar durante años en la memoria colectiva de los barceloneses y, particularmente, de la burguesía de la ciudad. No debe extrañar, por lo tanto, que al conmemorarse en Barcelona, en octubre de 1892, el IV Centenario de la llegada de Colón a tierras americanas, la Diputación provincial acordase acuñar unas medallas conmemorativas para entregar «a los Voluntarios Catalanes de los tres batallones que en 1869 armó y equipó este cuerpo de provincia para combatir la guerra separatista de Cuba (...) con la mayor solemnidad posible».<sup>100</sup> Tampoco resulta extraño que once años después del embarque de los Tercios Catalanes, en febrero de 1880, uno de los disfraces utilizados por los niños que acudieron a la fiesta de carnaval organizada por el Círculo de la Unión Mercantil en las dependencias del Palau Marc (propiedad entonces de Tomás Ribalta, un riquísimo hacendado propietario de dos ingenios en la región cubana de Sagua la Grande) fuese el de «voluntarios de Cuba».<sup>101</sup>

Precisamente, la entidad que organizaba esa fiesta, el Círculo de la Unión Mercantil, tuvo un papel determinante en la movilización patriótica que se registró años después en las calles de Barcelona con motivo de la disputa con Alemania sobre la soberanía de las islas Carolinas. De hecho, cuando se ponía en cuestión la dimensión colonialista del Estado español (por pobre que esta fuera), en las Antillas, en el Pacífico o en el norte de África, multitud de ciudadanos de Barcelona eran capaces de movilizarse y de llenar las calles de la

<sup>98</sup> Conrad Roure, *Recuerdos...*, p. 220.

<sup>99</sup> Recogido por Albert García Balañà, «Tradició liberal...», pp. 95-96.

<sup>100</sup> ADB, legajo 3.796, exp. 6.

<sup>101</sup> *Diario de Barcelona*, 6 de febrero de 1880, p. 1547.

ciudad, en demostraciones marcadamente patrióticas. Así sucedió en agosto de 1885, a partir del conflicto por las Carolinas.

El origen de dicho conflicto es conocido. A principios de agosto de 1885 el embajador alemán en Madrid notificó verbalmente al ministro de Estado español la intención de su país de establecer un protectorado sobre dichas islas, un archipiélago de la lejana Micronesia cuya soberanía reclamaba España desde el siglo XVI, pero en el que no había presencia efectiva alguna de funcionarios, militares, religiosos o civiles españoles.<sup>102</sup> Los deseos alemanes soliviantaron el orgullo patriótico español y un sentimiento nacionalista recorrió rápidamente todo el país. Fue precisamente en la capital española donde se registró «la más solemne, la más grandiosa y la más imponente [manifestación] de cuantas en Madrid se han realizado de mucho tiempo a esta parte». Alrededor de «cien mil almas» ocuparon las calles de la capital española el domingo 23 de agosto de 1885 en una demostración pública de un patriotismo desbordado, impulsados por un innegable resorte colonialista, que borró las diferencias entre los políticos de diversas tendencias, entre los partidos dinásticos y entre políticos y militares.<sup>103</sup>

Un día después, en Barcelona, la Junta Directiva del Círculo de la Unión Mercantil reunió a sus socios para discutir lo que convenía hacer «como protesta de la ocupación de las islas Carolinas por los alemanes». A pesar de que la capital catalana sufrió entonces, como el resto de la península, una mortal epidemia de cólera, la cita desbordó las previsiones de los convocantes, «viéndose completamente llenos los salones de dicha sociedad». Los asistentes decidieron, en primer término, «no tener tratos con comerciantes alemanes o con sus representantes en Barcelona» y acordaron también trasladar su acendrado patriotismo al Gobierno, por medio del gobernador civil, así como «suplicar a las demás corporaciones de Barcelona que dirijan las mismas súplicas y practiquen los mismos esfuerzos (...) para reivindicar la posesión y la propiedad de todas las islas Carolinas». Se trataba de «interponer la influencia del comercio de Barcelona a fin de que el honor de España no sea ultrajado». Los esfuerzos de los convocantes dieron pronto sus frutos y apenas un día más tarde «se reunieron (...) en el Círculo de la Unión Mercantil los representantes de diferentes asociaciones» de Barcelona que acordaron convocar una manifestación por las principales calles de la ciudad «a favor de la dignidad y de la integridad de la patria».<sup>104</sup>

<sup>102</sup> M.ª Dolores Elizalde Pérez-Grueso, *España en el Pacífico. La colonia de las islas Carolinas, 1885-1899*, Madrid, CSIC, 1992.

<sup>103</sup> *La Correspondencia de España*, 24 de agosto de 1885.

<sup>104</sup> *Diario de Barcelona*, 25 de agosto de 1885, pp. 9.978-9.979 y 10.018; 26 de agosto de 1885, pp. 10.057-10.058; 27 de agosto de 1885, p. 10.065; *La Vanguardia*, 23 de agosto de 1885, p. 5.438.

En los términos que utilizaba la prensa liberal monárquica de Barcelona, era preciso repetir las gestas de Don Pelayo y de «los que desde las montañas de Covadonga luchamos porfiadamente y sin cansarnos [durante] siete siglos consecutivos» frente a los musulmanes. Y era preciso emular también a aquellos que se enfrentaron a los ejércitos franceses a principios del siglo XIX para colocarse, nuevamente en 1885, «a la altura del pueblo de héroes cuya fama justamente hemos conquistado». La cita concluyó «con un grito que unificó a todos los hijos de este noble pueblo, el de ¡Viva España! que fue contestado con entusiasmos, lo mismo que las patrióticas palabras de la Presidencia que dio terminada la reunión al grito de ¡Viva Cataluña!».<sup>105</sup> Como en 1869, cuando la empresa de los Voluntarios de Cuba, la iniciativa movilizadora que se vivió en agosto de 1885 en la capital catalana nació no de los políticos catalanes sino de la sociedad civil del país. O, mejor dicho, de la sociedad burguesa de su capital, Barcelona. Y también con ocasión del conflicto de las Carolinas el doble patriotismo, catalán y español, se volvió a expresar como la suma de dos ingredientes indisolubles en la defensa de la integridad nacional española, en dos territorios coloniales diferentes.

Para evitar que las diferencias políticas pudiesen enturbiar una iniciativa surgida de una entidad empresarial y que aspiraba a ser ampliamente unitaria, se acordó «que no se pronuncien discursos» más allá de la lectura de un único manifiesto, un texto que fue entregado, en primer término, al alcalde de la ciudad y, en segundo lugar, al gobernador civil de Barcelona. La capacidad de convocatoria del Círculo de la Unión Mercantil para mostrar el rechazo de la ciudad frente a las pretensiones alemanas fue igualmente amplia. De entrada, cabe señalar que se adhirieron a la manifestación organizaciones patronales como el Fomento del Trabajo Nacional, el Fomento de la Producción Española, el Centro Industrial de Cataluña o el Centro de la Marina Mercante, junto a algunas agrupaciones políticas monárquicas tales como el Centro Liberal Monárquico, la Izquierda Liberal Dinástica o el Centro Liberal Dinástico, así como «las redacciones de varios periódicos» como *La Vanguardia*, *La Publicidad* y el conservador *Diario de Barcelona*, entre otros. También, como veremos, se sumaron a la cita las diferentes familias republicanas presentes en la capital catalana e, incluso, el Centre Català. Los promotores de la manifestación consiguieron, asimismo, que ese día apareciesen «adornados con colgaduras y con banderas nacionales varios balcones y principalmente los de las calles por donde debía pasar la manifestación», y que, por la tarde, muchas tiendas y almacenes de la ciudad se adhiriesen a la protesta cerrando sus puertas. Y consiguieron igualmente que muchos industriales de la ciudad y sus alrededores

<sup>105</sup> *La Vanguardia*, 24 de agosto de 1885, pp. 5.461-5.462; 25 de agosto de 1885, pp. 5.477-5.478.

cerrasen ese día sus fábricas y talleres «para que [los obreros] puedan concurrir al acto».<sup>106</sup>

La demostración pública que vivió la capital catalana el 27 de agosto de 1885 fue tan masiva como la que recorrió las calles madrileñas cuatro días antes. Según apuntan diversas fuentes coetáneas, como *El Imparcial* o la publicación catalanista *La Guatlla* de Montevideo, la «inmensa manifestación patriótica en protesta contra la ocupación alemana de las islas Carolinas llenó [las] calles [de Barcelona] con unos 125.000 participantes». Aunque se trata de una cifra poco verosímil, por exagerada, su reiteración en fuentes diferentes revela, como ha señalado Enric Ucelay-Da Cal, «al menos su credibilidad contemporánea».<sup>107</sup> Es innegable que la iniciativa surgida del Círculo de la Unión Mercantil consiguió movilizar a simpatizantes de fuerzas políticas ciertamente dispares. Como afirmó el presidente de dicha entidad patronal, Pedro Pascual, «el defensor de la situación política actual va del brazo con el acérrimo adversario de la misma, y dinásticos y anti-dinásticos, monárquicos y republicanos, radicales y conservadores, unen sus voces para afirmar y sostener la dignidad del país».<sup>108</sup> Debió de ser ciertamente así. No en vano, mientras que un nutrido grupo de republicanos francófilos (admiradores especialmente de la Tercera República francesa) se hizo notar ondeando y colgando banderas tricolores, catalanistas como Valentí Almirall y sus seguidores del Centre Català estuvieron igualmente presentes en la demostración patriótica registrada el 27 de agosto.

Uno de los amigos y correligionarios de Almirall, Conrad Roure, nos ha dejado una detallada descripción del momento. Según este político, la manifestación del 27 de agosto en la capital catalana «fue imponente» y cifró en ciento veinte mil el número de participantes; aunque añadió a continuación que dicha cantidad «unida a la de los ciudadanos que desde los balcones y arroyos vitoreaban a aquéllos durante el recorrido sumaba un total de 250.000 barceloneses». Roure recordaría años después esa masiva demostración como una verdadera fiesta de afirmación nacionalista española:

... las calles y las plazas por las cuales pasaba la manifestación estaban atestadas de gente, lo propio que los balcones de las azoteas de las casas, y los estrepitosos aplausos y entusiastas vitores expresaban claramente la adhesión de los barceloneses todos a aquel solemne acto en protesta del despojo de que España estaba amenazada de ser víctima por parte de los alemanes.

<sup>106</sup> *Diario de Barcelona*, 28 de agosto de 1885, pp. 10.114-10.116 y 10.146-10.147. *La Vanguardia*, 26 de agosto de 1885, p. 5.502.

<sup>107</sup> Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo...*, pp. 74 y 896. También *La Vanguardia* consignó, justo el día siguiente de la demostración, que «más de 120.000 personas concurrieron a la manifestación», cfr. 28 de agosto de 1885, p. 5.549.

<sup>108</sup> *Diario de Barcelona*, 28 de agosto de 1885, pp. 10.114-10.116.

Cabe señalar que un republicano como Roure se preocupó particularmente en resaltar en sus memorias la presencia tanto de los republicanos federales como de los catalanistas del Centre Català en ese masivo cortejo. No en vano, al paso de la demostración, un grupo de manifestantes «penetró en la Diputación y desde sus balcones exhibió el estandarte del Centre Català, que fue vitoreado».<sup>109</sup>

El propio Valentí Almirall, padre fundador del catalanismo político, formó parte de la reducida Comisión encargada de redactar el manifiesto unitario que convocó y dio sentido a dicha manifestación. Lo hizo junto al republicano federal José María Vallés y Ribot y junto a los también republicanos Santiago Soler Plá y Juan Sol Ortega, así como al lado del futuro alcalde de Barcelona, el liberal Manuel Henrich Girona. Un manifiesto que «reclama[ba] la defensa de la dignidad de la patria» y acababa afirmando «que aquí [en Barcelona] nadie admite siquiera discusión sobre el perfecto derecho que tiene el pueblo español a todo el territorio nacional», incluidas las lejanas e improductivas islas Carolinas.<sup>110</sup> Apenas unos meses antes de publicar su obra más influyente, *Lo catalanisme*, considerada por muchos la obra matriz del catalanismo político, Almirall no había dudado en liderar una manifestación patriótica de marcado carácter españolista y colonialista. Señal de que, en el verano de 1885, ese primer catalanismo político no se expresaba todavía como un movimiento o una ideología opuesta, ni siquiera alternativa, al patriotismo español; al contrario, tenía a gala participar del (y contribuir al) entusiasmo popular movido en Barcelona por resortes de un nacionalismo español agresivo y colonialista. Una realidad que iba entonces, de hecho, más allá de la propia figura de Valentí Almirall.

No en vano, como recogió Jordi Llorens, la prensa catalanista del momento publicó en esos días «artículos de un tono patrioterio muy en la línea de los que caracterizaban la prensa oficialista». Bernat Torroja, por ejemplo, utilizó las páginas de *La Veu del Camp*, de Reus, para escribir: «offerim nostre apoyo al govern de la nació, puig que espanyols de cor, no hem de faltar los catalans en defensar la honra e integritat de la patria», mientras que Serra i Sulé, director del periódico catalanista radical *L'Arch de Sant Martí*, «publicó [en el mismo] un artículo significativamente titulado *¡¡¡Via fora... Desperta ferro!!!*», en el que, después de apuntar amenazas en tono muy viril contra Alemania, acaba-

<sup>109</sup> Josep Pich i Mitjana (ed.), *Memòries de Conrad Roure. Recuerdos de mi larga vida. Tom VIII*, Vic, Eumo, 1998, pp. 200-201: «Estandartes los había en número de unos cuarenta, entre los que figuraban, en representación del partido republicano federal, el del Comité republicano federal de Barcelona, el del Centro democrático federal de Barcelona y el del periódico *El Federalista*. Entre los edificios adornados de nuestra ciudad debemos hacer mención del Centro republicano federalista».

<sup>110</sup> *Diario de Barcelona*, 28 de agosto de 1885, pp. 10.114-10.116 y 10.146-10.147. La composición de la comisión en Josep Pich i Mitjana (ed.), *Memòries de Conrad Roure...*, p. 198.

ba con un «¡Visca Espanya! ¡Visca la integritat de la pàtria!».<sup>111</sup> Éstos, y no otros, fueron precisamente los gritos que más se corearon durante el cortejo patriótico que recorrió las principales calles de Barcelona a finales de agosto de 1885. Y ese mismo entusiasmo es el que explica que un periódico como *La Vanguardia*, órgano de expresión de los liberales monárquicos de la ciudad vinculados al fusionismo sagastino, iniciase la crónica que daba cuenta de la manifestación del 27 de agosto afirmando: «¡Aún hay patria! (...) Sí, aún tenemos patria; aún España puede ser una gran nación. Aún no hay país alguno que nos aventaje en patriotismo».<sup>112</sup>

La gran movilización del 27 de agosto de 1885 en la capital catalana no fue, sin embargo, la última muestra de hasta qué punto el telón de fondo de las empresas colonialistas españolas llegó a generar un amplio consenso en Cataluña y, particularmente, en Barcelona. Ocho años después de la crisis de las Carolinas, en el otoño de 1893, la guerra de Melilla volvió a representar un momento de práctica unanimidad política y periodística en torno a la defensa de la cuestionada «integridad nacional». Y es que una vez se tuvo noticia del ataque marroquí sobre la guarnición de Melilla, periódicos y asociaciones catalanas de todo tipo, así como numerosas instituciones del país, acordaron diferentes iniciativas a favor de los soldados y oficiales del Ejército español allí desplazados. Al hacerlo, pretendían «proporcionar un placer al hijo de la patria que se está jugando por ella la vida, a hacer menos dura la vida del militar, que por la honra y por el interés de la nación pelea en África». El propio Ayuntamiento de la capital catalana abrió una suscripción destinada fundamentalmente a la recaudación de unos fondos que sirvieron para comprar fusiles Máuser entregados al Ejército español que defendía la plaza norteafricana. Para ello instituyó una comisión en la que participaron destacados representantes de la sociedad civil de la ciudad (empezando por el obispo y el rector de la Universidad, acabando por el presidente de la Audiencia e incorporando a los representantes de las principales entidades patronales y políticas, así como a los delegados de las empresas más destacadas de Barcelona).<sup>113</sup> *La Vanguardia*, por otro lado, abrió una suscripción entre los particulares que aspiraba a recoger tanto el «donativo del hombre de fortuna» como «la ofrenda del humilde», para «llevar a nuestro bravo y sufrido ejército ese primer consuelo que la generosidad de Cataluña le ofrece». El llamamiento tuvo éxito; no en vano, apenas siete días después de que se abriese la suscripción, sus promotores habían recogido más de cincuenta y cinco mil pesetas.<sup>114</sup>

<sup>111</sup> Jordi Llorens i Vila, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1992, pp. 353-354. Sobre la «vocación colonialista del primer catalanismo», cfr. Eloy Martín Corrales, «El nacionalismo catalán...», pp. 176-180.

<sup>112</sup> *La Vanguardia*, 28 de agosto de 1885, p. 5.548.

<sup>113</sup> *La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1893, pp. 1-2.

<sup>114</sup> *La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1893, pp. 1-2; 9 de noviembre de 1893, p. 1

Las iniciativas y ofertas a favor del Ejército español se sucedieron entonces a lo largo y ancho de la geografía catalana. Y es que no sólo en Barcelona pudo apreciarse el «clima patrioter» que recorrió entonces España. En Olot, por ejemplo, el conjunto de fuerzas regionalistas defendieron abiertamente la aventura africana.<sup>115</sup> En Vilafranca del Penedès, por su parte, las páginas de la prensa política de la ciudad mostraron de forma unánime la adhesión de las diferentes tendencias políticas de la localidad a la creación de «un clima favorable a la intervención armada para escarmentar a los marroquíes». De hecho, como ha señalado Jesús Marchán, Vilafranca se volcó en el otoño de 1893 en la guerra de Melilla y en ofrecer apoyo a los soldados destinados entonces al norte de África, los cuales «deben restablecer y limpiar el ultraje a la bandera y el honor del ejército». Si puede afirmarse con razón que el conflicto de Melilla revela hasta qué punto «los catalanistas de Vilafranca eran también partidarios del colonialismo español», no es menos cierto que el diputado republicano federal por dicho distrito, Baldomero Lostau, criticó duramente entonces la actitud tibia y vacilante del Gobierno, incapaz de «vengar rápida y enérgicamente, cual el carácter de aquellos salvajes requería a la par que nuestro prestigio, el ultraje inferido a nuestro honor».<sup>116</sup> También en Sitges, la prensa de las fuerzas conservadoras y la prensa republicana «compitieron en patrioterismo» con motivo de la guerra de Melilla. Y es que, como bien ha señalado Eloy Martín Corrales, no sólo en Olot, en Vilafranca del Penedès o en Sitges, sino en el conjunto de Cataluña, «al igual que en el resto de España, una nueva campaña patriota unió de nuevo a la casi totalidad de los monárquicos, tradicionalistas, catalanistas y republicanos».<sup>117</sup>

Un último episodio que revela en qué medida Barcelona participaba del aplauso a las formas más agresivas del colonialismo español nos lo ofrece el embarque de Valeriano Weyler rumbo a la Capitanía General de Cuba, en 1896. Weyler acudía a la gran Antilla en sustitución de Arsenio Martínez Campos, al que se acusaba de no haber reprimido con la suficiente dureza la insurrección cubana estallada en febrero de 1895. La elección del militar mallorquín expresó entonces, por lo tanto, la apuesta del Gobierno español por una solución de fuerza. Nombrado el 19 de enero de 1896, Valeriano Weyler quiso ir a Cataluña (donde había ejercido como capitán general durante los dos años anteriores) a despedirse; y acabó embarcando en el puerto de Barcelona, junto a cuatro escuadrones del Ejército español, el sábado 25 de enero. A primera hora del

<sup>115</sup> Jordi Canal i Morell, «El regionalisme olotí i la guerra de Melilla», *L'Olotí. (Setmanari d'informació i opinió de la Garrotxa)*, 1986, p. 358.

<sup>116</sup> Jesús Marchán Gustems, «La repercusió de la guerra de Melilla de 1893 a Vilafranca del Penedès», en Josep M. Delgado *et al.* (eds.), *Antoni Saumell i Soler...*, pp. 479-495. Las semejanzas de las críticas de Lostau con las que expresara el conservador Mafé i Flaquer en enero de 1869 con motivo de la guerra de los Diez Años en Cuba, analizadas anteriormente, son destacables.

<sup>117</sup> Eloy Martín Corrales, «El nacionalismo catalán...».

día Weyler acudió a una misa en la basílica de la Merce y «era tanta la aglomeración de gente –dio cuenta *La Vanguardia*– que hubo necesidad de cerrar las puertas del templo», mientras que el *Diario de Barcelona*, por su parte, añadía que «al salir el general del templo ha[bía] sido vitoreado con entusiasmo». Rumbo al vapor *Santo Domingo*, que le debía llevar a Cuba, y «durante [el] corto trayecto» que separaba la basílica del puerto, «no cesaron los vivas y las ovaciones al general Weyler, entre los aplausos de la multitud». El militar «fue rodeado por compacta multitud compuesta en su mayor parte de obreros que lo levantaron en alto, llevándolo en hombros, aclamándole, desarrollándose una escena conmovedora y entusiasta». De hecho, la ceremonia del embarque congregó a numeroso público, que acudió a dar su adiós al inflexible general, responsable directo de la política de reconcentración en Cuba:

Una hora antes de la señalada para el embarco de los escuadrones –afirmaba el *Diario de Barcelona*–, un gentío considerable llenaba los andenes alto y bajo de la Riba, sin que a duras penas pudieran abrirse paso las parejas montadas de la Guardia Civil y municipal. La gente se estrujaba llenando también las escaleras de los muelles y las grúas de mano que sirven para la carga y descarga.<sup>118</sup>

En enero de 1896, como en marzo de 1869, numerosos vecinos de Barcelona acudieron al puerto de la ciudad a despedir a aquellos que tenían que aplastar militarmente las aspiraciones cubanas a construir su propio futuro, sin tutelas políticas de ningún tipo.

#### CONCLUSIONES

A pesar de la pretendida fragilidad de la idea de España promovida por los liberales españoles en el siglo XIX y a pesar también de la pretendida debilidad del nacionalismo español decimonónico, lo cierto es que las diferentes empresas imperialistas españolas registradas en la segunda mitad de la centuria (como la guerra de África, de 1859-1860; la guerra de los Diez Años, en Cuba; el conflicto por las Carolinas, e, incluso, la guerra de Melilla, en 1893) suscita-

<sup>118</sup> *Diario de Barcelona*, 25 de enero de 1896 (tarde), pp. 1.025-1.026. El jueves de esa semana, la «recepción en Cortes» que Weyler ofreció en el Palacio de Capitanía, a modo de despedida, «estaba concurridísima, presentando el salón del trono brillante aspecto», cfr. *Diario de Barcelona*, 24 de enero de 1896, pp. 946-947. Por su parte, *La Vanguardia*, 25 de enero de 1896, p. 2, recogía: «Estos días reina en la Capitanía desusada animación, siendo extraordinario el número de personas y de entidades que van a despedir al general Weyler (...) deseándole mucha suerte en la misión que lleva a Cuba y que regrese a España cuanto antes, dejando pacificada la isla». Sobre el embarque, *La Vanguardia*, 26 de enero de 1896, pp. 1-2.

ron una amplia movilización ciudadana.<sup>119</sup> Así sucedió, como hemos visto, en la capital catalana.

No en vano, a lo largo del siglo XIX Barcelona acreditó una intensa vinculación, especialmente en términos económicos, con las colonias españolas en ultramar. Cabe señalar que la capital catalana se convirtió, de hecho, en el punto de llegada de numerosos hombres de negocios enriquecidos previamente en Cuba y Puerto Rico. Una vez en Barcelona, la mayor parte de esos indios se dedicó a promover iniciativas empresariales diferentes, de manera que sus capitales (unos capitales originariamente americanos, básicamente antillanos) contribuyeron de forma decidida a la actividad económica del país.<sup>120</sup> En el plano político, los más influyentes de esos indios se constituyeron, en los años del Sexenio, como un verdadero grupo de presión, orientado a condicionar la política colonial española. Organizados en instancias diferentes (Círculo Hispano Ultramarino, Liga Nacional, Agrupación de Hacendados de Ultramar...), la primera iniciativa directamente acaudillada por ellos fue el envío de diferentes batallones de voluntarios a la guerra de Cuba, en 1869. Buena parte de esos indios tuvieron asimismo un papel destacado en la apuesta por la Restauración borbónica, culminada en 1875, hasta el punto de que Cánovas del Castillo supo agradecerles ulteriormente el apoyo prestado.<sup>121</sup>

Barcelona se convirtió, así, en el último cuarto del siglo XIX, en el centro del negocio colonial español. En la capital catalana residían entonces las empresas (y la mayor parte de sus accionistas) que más claramente fueron capaces de convertir en dividendos el colonialismo español en las Antillas y en el mar de la China; me refiero a la Compañía Trasatlántica, el Banco Hispano Colonial y la Compañía General de Tabacos de Filipinas.

Ahora bien, los vínculos entre Cataluña y el colonialismo español de finales del siglo XIX no se agotaban en esas empresas. Al contrario, como se ha analizado, las diferentes iniciativas imperialistas españolas registradas en la segunda mitad del siglo XIX eran capaces de generar tanto amplios consensos políticos como movilizaciones populares aún más amplias. Y es que, a pesar de las afirmaciones de Prat de la Riba (que abrían este texto), lo cierto es que ni Cataluña ni los catalanes resultaron ajenos al colonialismo español decimonónico. Es más, las manifestaciones populares analizadas en este trabajo (registradas en

<sup>119</sup> Sobre la frágil idea de España, José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. La literatura sobre la debilidad del nacionalismo español es muy amplia. A título de ejemplo, véanse Borja de Riquer, *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 2000, y Josep Fontana Lázaro, *Historia de España*, vol. 6: *La época del liberalismo*, Madrid y Barcelona, Marcial Pons, Crítica, 2006. Para una visión alternativa, Ferran Archilés y Manuel Martí, «Una nació fracaçada? La construcció de la identitat nacional espanyola al segle XIX», *Recerques*, 51, 2005, pp. 141-163.

<sup>120</sup> Àngels Solà i Parera, «Os “americanos” catalans e o seu impacto económico en Cataluña ó longo do século XIX», *Estudios Migratorios*, 11-12, 2001, pp. 141-168; Martín Rodrigo y Alharilla, *Indians a Catalunya....*

momentos diferentes, a lo largo de la segunda mitad del siglo xix) demuestran hasta qué punto el pueblo catalán participó de la euforia nacionalista española desatada con motivo de cualquier disputa que viniese a cuestionar su papel de metrópoli imperial. De hecho, de la misma manera que se ha analizado el papel que la política colonial española pudo llevar a cabo en el despertar de los nacionalismos en ultramar, así como –en sentido inverso– el papel que la isla de Cuba pudo tener en el despertar de los nacionalismos en la España peninsular, en el escenario posterior a 1898,<sup>121</sup> puede afirmarse que, en la segunda mitad del siglo xix, la defensa del imperio español (y de la consecuente política imperialista española) resultó central en la construcción del imaginario colectivo del nacionalismo español. Un período en el que la frontera entre historia imperial (española) e historia nacional (española) no estaba clara, hasta el punto de que resulta difícil distinguir entre defensa del imperio y defensa de la nación. Comparto, por lo tanto, la idea apuntada por Christopher Schmidt-Nowara<sup>122</sup> de que el régimen colonial español (en las Antillas, en Filipinas, en el Pacífico o en el norte de África) desempeñó entonces un papel esencial en la construcción de la identidad y de los símbolos nacionales españoles, es decir, en la construcción de la «idea de España» propiamente dicha.

<sup>121</sup> Elena Hernández Sandoica, «La política colonial española y el despertar de los nacionalismos en Ultramar», en Juan P. Fusi y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 133-149; Enric Ucelay-Da Cal, «Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular», *Studia Historica/Historia Contemporánea*, 15, 1997, pp. 151-192.

<sup>122</sup> Christopher Schmidt-Nowara, «Repensando “redescubrir América”: Cuba y la conquista en las historias nacionales españolas», en Martín Rodrigo y Alharilla (ed.), *Cuba: de colonia a República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 321-331.

ESTADO Y PERIFERIAS  
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX.  
NUEVOS ENFOQUES

Salvador Calatayud  
Jesús Millán  
M.ª Cruz Romeo  
(eds.)  
2009

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA